



# V A R I A



Compte rendu de la séance du 15 mai 1959  
de la Commission de la République de France  
des Sciences et des Lettres  
présidée par M. le Président  
de la République, M. le Président  
du Sénat, M. le Président  
de l'Assemblée Nationale  
et M. le Président de la Commission.

# V A R I A

## OSIO, OBISPO DE CORDOBA

† *Fray Albino*, Obispo de Córdoba

En el corriente año de 1957 se cumple el decimoséptimo centenario de la muerte de uno de los hombres más grandes que España ha producido en toda su historia, el verdaderamente extraordinario Osio, Obispo de Córdoba, a quien llama Menéndez Pelayo "ornamento de nuestra iglesia (de España), varón el más insigne, que España produjo desde Séneca hasta San Isidoro" (6 siglos).

No creemos que se pueda dejar pasar esta ocasión sin refrescar siquiera su memoria. Tenemos para con él una deuda contraída, que quizá nunca como ahora podría nuestra Patria satisfacer. ¡En tantas otras cosas se ha tenido que ir rehaciendo nuestra Historia en estos últimos tiempos!

De él decían los arrianos, contra los cuales él combatió acérrimamente hasta el último suspiro, en carta al emperador Constancio, que los protegía y que había desterrado ya a muchos otros Obispos católicos: "Su autoridad (de Osio) sola puede levantar al mundo contra nosotros; es el Príncipe de los Concilios; cuanto él dice se oye y se acata en todas partes; él redactó la Profesión de Fe en el Sínodo Niceno; él llama herejes a los arrianos", etc. Con lo cual pedían al emperador estos herejes, que desterrase también a Osio y lo sometiese a tormento, como en efecto lo hizo. Conserva este párrafo San Atanasio, íntimo amigo de nuestro gran Obispo en su *Epistola ad Solitarios*.

Era en efecto por estos días el primer personaje de la Iglesia, pues aún los Papas contaban con él para todos los asuntos de importancia. Al emperador Constantino fué Osio en 313 el que le decidió a hacerse católico y le instruyó en nuestra Santa Religión y le aconsejó con acierto en los gravísimos asuntos del imperio, hasta su misma muerte (337). Dos veces fué sometido a tormento en defensa de la Fe. Y a él se debe la fórmula del *Credo de Nicea*, que es el que se dice en la misa de todo el mundo.

La Iglesia griega lo tiene en el *Catálogo de los Santos*, celebrando su fiesta el 27 de agosto. Las dificultades, que contra él en otro tiempo pudo haber, las calumnias, que los herejes le levantaron, hoy están completamente desprestigiadas; y como el mismo Menéndez Pelayo afirma, no me-

rece la pena de detenerse a refutarlas, porque lo han sido ya muchas veces para todo el que no esté ciegamente prevenido...

Tiempo hace ya que todos esos infundios calumniosos contra Osio quedaron perfectamente esclarecidos, especialmente por el P. Florez, por el P. Miguel José de Maceda (*Hosius vere Hosius, Hosio verdaderamente santo*, Bolonia, 1790), etc. Pero hay que llegar a una reparación más amplia, que a todas partes llegue. España le debe a Osio esta "reparación de justicia" y se debe a sí misma el honor de reivindicar plenamente una de las glorias más grandes y más puras de su antigua historia.

La Diócesis de Córdoba hará en este sentido cuanto pueda; que siempre será poco, pues Osio extendió su actividad a la Cristiandad entera llegando a gozar de una autoridad y un prestigio, incluso ante Papas y Emperadores, como no gozó en toda aquella época personaje alguno.

Creemos pues, que la reivindicación y glorificación de Osio debe tener carácter nacional. Y a las puertas de las Academias, sobre todo de la Historia, nos atrevemos a llamar, pidiendo ayuda, o mejor aún, brindando el tema. La Iglesia Oriental cuenta a nuestro Gran Obispo en el número de los santos. Hoy, dados los definitivos esclarecimientos de la crítica histórica sobre todos los detalles de la vida de Osio, y sobre el ejemplo de la Iglesia griega, creemos que no será difícil pensar incluso en su Beatificación y Canonización. Por Osio salió la Iglesia en lo humano victoriosa de una de las crisis más grandes que ha padecido en sus veinte siglos de existencia. Bástenos recordar tan sólo la expresión de San Jerónimo: "el mundo entero se estremeció al sentirse casi enteramente arriano". Y lo que del Africa cristiana se decía, que apenas había Diócesis en que no hubiera otro obispo hereje junto al Obispo católico y frecuentemente con más poder y más súbditos el primero que el segundo, pues hasta los emperadores sucesores de Constantino fomentaban y protegían la herejía.

En el movimiento y progreso de la Iglesia Universal influyó mucho más Osio que el mismo San Isidoro ni ningún otro personaje español de los doce primeros siglos de la Iglesia. Y aún en la Historia General del Cristianismo es Osio uno de los puntos culminantes de sus veinte siglos de historia, por haber "promovido" la celebración del primer Concilio de Nicea, que a él propiamente se debe; por haber redactado la fórmula admirable de su Credo; por haber defendido eficazmente contra herejes y emperadores al también inmenso San Atanasio, campeón máximo del cristianismo en Oriente por estos tiempos; por haber decidido al emperador Constantino a hacerse católico y haberle sostenido en esta fe hasta la muerte; por haber padecido martirio dos veces en la "confesión de su fe", y en fin por haber dirigido al emperador Constancio, cuando ya tenía Osio cien años, "aquella su admirable carta, la más digna, como dice Menéndez Pelayo, valiente y severa, que un sacerdote ha dirigido a un monarca", "al que hizo bramar de cólera", que no se le calmó hasta hacer azotar de nuevo al Obispo centenario.

"Laudemos viros gloriosos et parentes nostros in generationes eorum"... Alabemos, ensalcemos y glorifiquemos a nuestros padres en la fe y que tan brillantemente nos dejaron marcado con su conducta el camino de la Gloria.

## TREINTA AÑOS DE CATOLICISMO EN EL SIGLO IV

*Dr. Narciso Tibau Durán*

Doctoral de la S. I. C. de Córdoba

No han de ser las mías las más interesantes palabras ni las más agradables que vais a oír hoy. Espero que nuestro Sr. Obispo nos va a regalar el corazón y el oído con las impresiones que habrá traído de su viaje a Roma. Se trata en suma de romper otra vez este silencio que pesa sobre nuestro gran Obispo Osio a quien vamos a homenajear hoy. He dicho otra vez, porque anteriormente, con motivo de parecido homenaje, se intentó algo parecido a lo que nos congrega hoy aquí: ¿pero qué quedó de todo aquello? Una vez más la voz se perdió en el desierto de la indiferencia cuando no en la de una hostilidad incomprensible. A veces hemos pensado en estos países sin historia: ¿Qué no harían si pudieran contar entre sus hombres a una figura tan excelsa como la de Osio?

En el año 1925 se organizaron también actos parecidos a éste en honor de nuestro Obispo con motivo de su nacimiento; académicos ilustres pronunciaron profundos discursos en su honor; se organizó a Roma una extraordinaria peregrinación, oyendo, los que a ella acudieron, palabras sumamente alentadoras del Santo Padre acerca de la santidad de Osio; tampoco entonces se prosiguió la línea emprendida y volvió el silencio a cubrir el recuerdo y la memoria de Osio. ¿Sucederá ahora lo mismo? Dios no lo quiera; pero ya es mucho tener que lamentar ahora, cuando con motivo de este centenario se han resucitado ideas, reencendido deseos y emprendido nuevas iniciativas, no haber podido empalmar los nuestros con aquellos trabajos teniendo, como quien dice, empezar de nuevo. Mi intención es, pues, a parte de cumplir con el encargo que agradezco con toda mi alma que me ha hecho la Academia, conjurar a cuantos elementos puedan estar interesados, y creo que lo son todos, cordobeses y nacionales en la exaltación de Osio desde todos los puntos de vista, se unan activamente en una elaboración de programas capaces de ser realizados en fecha breve y que lleven consigo desde el primer momento la fuerza de responder a una realidad que Córdoba es capaz de hacer todo lo que sea necesario para que, si el Papa lo pide y es voluntad de Dios podamos ver a Osio en los altares.

Dicho esto y antes de entrar en materia y para hacer antes profesión de fe en Osio, debo deciros que yo creo firmemente en esta santidad de la cual nadie dudaría. Fijaros bien. Si Osio hubiese fallecido antes de los cien años. Su falta, si la hubo, debió ocurrir después de los cien años; lo cual no deja de impresionar ¿verdad? Debo deciros sin embargo, que yo ni he

podido, ni estoy en condiciones para ello, hacer un estudio crítico-histórico y exegético de documentos, fichas, fechas y de cuanto el acerbo histórico guarda respecto a la discutida caída de Osio en el error. He leído comentarios, traducciones y estudios que otros han hecho: en conjunto la impresión firme que he sacado es, que documentalmente su caída no se puede comprobar; moralmente, no se puede admitir, y psicológicamente, es imposible. Aún la misma confesión del gran San Atanasio que admite ser verdad que Osio, por un momento, a sus cien años, coaccionado, llegó a comunicar con los arrianos, de lo cual se arrepintió inmediatamente, ni tiene la importancia de una apostasía ni merece toda la fe de un hecho histórico, ya que las fuentes por donde le pudo llegar esta noticia, desterrado como estaba, debieron ser forzosamente sospechosas de arrianismo. Documentalmente, todas las primeras informaciones que se poseen de la caída de Osio, son arrianas o semiarrianas, recogidas luego, eso sí, pero inexplicablemente y sólo en Occidente y sobre todo en España (ni siquiera en las vecinas Galias) por personas excelentes como San Isidoro. Psicológicamente, no encuentran nunca explicación estas tres paradojas: Se le pidió inutilmente que suscribiera una fórmula casi compatible con la de Nicea, de la cual ya hablaremos, y sus enemigos dicen sin embargo que llegó a firmar otra muchísimo más amplia, completamente contraria a aquella; se le exigía que condenara a Atanasio y sus enemigos confiesan que si lograron que apostatara de su fe, *no lo hizo* de un hombre; todos están de acuerdo que durante los cien años en que pudo desenvolverse libremente convoca y preside Concilios, haciendo oír su voz por todo el mundo, no lograron nada de él: tuvieron que esperar a los cien y pico años, que fuera perseguido y lejos de su tierra para lograr de él una suscripción de una fórmula favorable a sus errores y una presentación en público con los arrianos.

Es demasiado fuerte todo esto para admitirlo mientras no se demuestre con argumentos incontrovertibles, en un hombre como Osio cuyo perfil gigantesco en múltiples aspectos de su vida vamos inmediatamente a dibujar.

Perdonadme si he sido largo en esta especie de prólogo; pero lo he considerado necesario ya que deliberadamente he omitido en mi discurso este aspecto de su vida y así he querido evitar que nadie interpretara mi silencio en el sentido de complicidad la más mínima con los que admiten rotundamente aunque algunos de ellos lo lamenten, al parecer sinceramente, su caída en la herejía arriana. Creo en Osio y en la posibilidad de verlo en los altares con la ayuda de Dios y nuestro trabajo, tanto en Oriente, donde ya lo ha estado durante varios siglos, como en el mismo Occidente donde aun no está del todo claro, si lo estuvo algún tiempo.

### *I. Posibilidad de la Canonización de Osio.*

Prescindiendo, pues, de este aspecto de su vida que ha de ser, indudablemente, el punto neurálgico de la cuestión cuando se plantee definitivamente el proceso de la canonización de Osio, lo demás, a mi entender es más sencillo que en la mayoría de los santos de aquel tiempo y aún

de otros muchos más cercanos a nosotros. Su virtud no puede ponerse en duda y en tal grado que puede muy bien proclamarse heroica. Son cien años de vida intachable ofrecidos a la contemplación del mundo entero desde una plataforma tan visible como es la de una Sede episcopal primero, en un Palacio imperial después, pasando por la presidencia de casi todos los Concilios locales, internacionales y Ecuménico de Nicea finalmente. Si a estos tres lados de la plataforma se añade el tribunal romano ante el cual defendió con su sangre la Fe cristiana, no creo se le pueda dar una publicidad mayor a una vida, ni una ejemplaridad más contundente cuando, estando tan de manifiesto no se pudo encontrar en su vida el más pequeño fallo.

En doctrina, ¿no basta acaso el hecho de que hoy, a los dieciséis siglos, los cristianos de Oriente y Occidente recemos cada día la oración fundamental del cristianismo, nuestra profesión de Fe, con las mismas palabras con que se redactara bajo la dirección de Osio?

Si la firmeza de su carácter en la defensa de la doctrina no se demostrara suficientemente con su martirio y con su vida, aquí está la carta emocionante dirigida a un Emperador, sucesor de Constantino, vacilante en la fe, escrita en el declinar de su vida, en la cual, como veremos más adelante, sobre exponer por primera vez solemnemente los puntos esenciales del Derecho público eclesiástico, renueva su decisión de sufrir nuevamente los mismos y aún más fuertes padecimientos que los que padeciera en manos de los paganos en su juventud.

Su impronta, finalmente, en la disciplina eclesiástica, camino el más seguro para la generalidad de los cristianos en el bien obrar, perdura aún hoy día, pues el espíritu y aun la misma letra de algún canon del célebre concilio de Elvira, provocado y presidido por él, lo encontramos en el actual Código de Derecho Canónico, después de haber alentado la vida cristiana durante dieciséis siglos. El Oriente entendió sin duda mejor a Osio que Occidente, y la Galia mejor que España. Los países vecinos, como dice San Agustín, no creyeron las patrañas que aquí se urdieron contra él y Oriente lo incluyó en el catálogo de los santos.

Pero todo cuanto he afirmado aquí escuetamente, está demasiado sencillamente dicho para comprenderlo en toda su grandeza; es necesario desmenuzarlo para que el convencimiento encienda la voluntad y nos obligue a aprestarnos entusiasmados con la idea de empezar a trabajar inmediatamente sin desfallecimientos para vencer los obstáculos que sin duda encontraremos en el camino cuya meta ha de constituir la glorificación definitiva de Osio. Es preciso que por nosotros no se pierda esta nueva ocasión para la canonización de Osio. Atended pues y os ruego que me perdoneis si me pongo algo pesado: la historia si no se quiere hacer novela, resulta algo pesada; pero así vuestra paciencia será hoy el primer sacrificio que ofreceremos al Señor para que nos asista en nuestra empresa.

## II. *Edicto de Milán y aparición de dos niños grandes.*

En el año 313, los dos jefes del Imperio romano, Constantino y Licinio, publican el edicto de Milán, según el cual y por primera vez, se concede a los cristianos plena libertad de culto. Esta compañía de dos en el Gobierno del Imperio durará poco y Constantino quedaría, con su victoria, su dueño absoluto. Como sabéis, Constantino no se bautizó hasta su muerte. ¿Razones? ¿Para qué discutir las aquí? El caso es que, no siendo aun cristiano, Constantino se convierte en defensor de la Iglesia y con tanto celo y empeño como lo pudiera hacer y aún más si cabe, cualquier cristiano Rey de la Edad Media. ¿Pero qué garantías nos podía ofrecer un hombre así? Digamos pues, que si Constantino, como Emperador y soldado era en verdad un hombre, en cuestiones de Fe y en saber cómo se debía defender a la Iglesia no era más que un niño.

Pero con el edicto de Milán, o sea con la libertad de la Iglesia, salía también a la superficie otro niño grande, el Papa. Al Vicario de Cristo que había gobernado hasta entonces una Iglesia perseguida y confinada a actuar entre tinieblas de catacumbas, o cuando más en los suburbios de las grandes capitales, incluida Roma, se le abren de pronto, de par en par, las puertas de la libertad. Aquel que haba sido fuerte hasta la muerte ante los tribunales y cuyos labios estaban habituados al rezo, al consuelo y al perdón, se levanta ya públicamente como legislador, juez, administrador de bienes y ejecutor de leyes eternas y humanas que él mismo dicta e interpreta. Aparte de la asistencia de lo Alto, ha de ejercitar una serie de cualidades humanas en las cuales hasta ahora no tenía para qué pensar. Su enemigo el Emperador, pasa a ser, de golpe, hijo y súbdito suyo. Otro niño, pues, que empieza a andar por caminos difíciles desde todos los puntos de vista.

De lo que hagan estos dos niños grandes depende el curso de la historia y el cumplimiento de la Misión del mismo Jesucristo en la tierra. Si los hombres en su infancia necesitan de su ángel de la Guarda, ¿cómo no lo iban a necesitar el Emperador y el Papa? Y debía ser visible y palpable este ángel para que los condujera materialmente de la mano, los pusiera en relación indicándoles a cada uno lo que humanamente hablando les convenía hacer en cada momento. Este Ángel fué Osio. Si yo tuviera que pintar el retrato de nuestro Obispo, así lo haría: vestido de ángel y ante el camino amplísimo que conduce a la humanidad en sus primeros pasos de vida pública y libre eclesiástica hacia la meta de su primera organización, llevando de la mano a Emperador y Papa. Misión ésta, como fácilmente se comprende, tanto más difícil cuanto que cualquier fallo en ella podía conducir otra vez a una situación igual o peor que la anterior al Edicto de Milán.

En la vida de Constantino existen dos aspectos muy dignos de ser notados y que tienen difícil explicación: sobre los dos han investigado todos sus biógrafos. El primero es, cómo este Emperador pudo, una vez convencido de la verdad del cristianismo, aun antes de educarse y bautizarse, emprender hasta la muerte una defensa tan acertada del cristianismo. El segundo es, cómo a pesar de hacer tanto en favor del cristianismo, quiso



demorar hasta el final de su vida su bautismo. Sobre esto último, no hablaré porque no entra en el tema del discurso; admitimos las explicaciones que nos dan los escritores que de ello se han ocupado, como buenas. Algunos dicen que así quiso asegurarse el cielo; otros lo atribuyen a un exceso de humildad, como si no se hubiese considerado digno para recibir el sacramento.

Es el otro aspecto de su vida el que nos interesa, porque sólo en la influencia de Osio encuentra una explicación, admitido por los demás, incluso por aquellos que creen en la caída de Osio. Constantino según nos refieren las crónicas, ya antes de la batalla de Puente Milvio, en los alrededores de Roma, llevaba consigo consejeros cristianos, posiblemente el mismo Osio. La noche antes de la batalla definitiva, tuvo la visión de una cruz brillante en el cielo, en torno a la cual figuraba esta inscripción: *Con esta señal vencerás*. Creyendo en ella, mandó grabar en su lábaro o estandarte de batalla la inscripción. Conseguida la victoria y de acuerdo con su compañero de gobierno Licinio, publicó en el año 313 como hemos dicho, el primero y célebre edicto de Milán, en el cual se daba a la Iglesia cristiana, completa libertad. La importancia del Decreto estriba no solamente en la excelencia de la doctrina que expone, sino que también en su misma redacción; no es en efecto la del soldado agradecido, sino la de un doctrinario que conoce perfectamente la naturaleza y fines de la Iglesia y por consiguiente los derechos que como sociedad perfecta le corresponden. Por otra parte, suponía que el Emperador empezaba a despojarse de su carácter de Pontífice para tributárselo a un hombre que hasta entonces había obrado como tal sólo en la clandestinidad, en las tinieblas de las catacumbas, amenazado siempre con una muerte violenta en manos de los perseguidores si se le descubría.

Dieciséis persecuciones había sufrido la Iglesia en el espacio de trescientos años, y en este período se habían sucedido treinta y dos Papas, de los cuales, más de la mitad se sabe ciertamente que murieron martirizados, algunos a los cuatro días de haber sucedido a su antecesor; otros murieron en el destierro; sólo algunos, muy pocos, murieron probablemente de muerte natural, debido a espacios de tiempos de relativa paz. Diez años después de la victoria, Licinio rompía la armonía de su reinado con Constantino y decretaba en Oriente una terrible persecución contra los cristianos, renegando por consiguiente de su firma puesta en el edicto de Milán. Constantino luchó contra él quedando dueño absoluto del Imperio, tanto en Occidente como en Oriente. Entonces, su favor hacia la Iglesia es más abierto aún y así el segundo Decreto que publica alcanza ya un valor trascendental y definitivo. De nuevo en su redacción campea, más explícita todavía que en el primero, la mano de un teólogo cuando no de un jurista experto en derecho internacional, ya que en él puede muy bien cualquier exégeta encontrar argumentos en favor de la personalidad internacional de la Iglesia Cristiana.

Otro documento salido de la mano del Emperador es el de la manumisión de los esclavos. Ya no son los argumentos característicos del derecho romano: es la invocación al derecho del hombre, cualquiera que sea su origen social o económico, a la libertad, y la prohibición, en virtud de

los derechos humanos, a los señores, de tratar de cualquier forma a los esclavos, y especialmente a no usar de su reconocido derecho hasta entonces a la misma vida de aquellos hombres.

Constantino demuestra también la preocupación que siente por las desgracias que afligen a las iglesias particulares de Africa, donde en medio de los disturbios ocasionados por los herejes, se abatía el hambre y la miseria. Aquí no es, en la carta que dirige al primer Obispo de aquella cristiandad, el Emperador que impone el orden, o el teólogo o jurista que alegan fundamentos de derecho humano e internacional: es el padre que se ocupa del estado de sus súbditos y reconoce que los obispos son los que, mejor conocedores de aquél, han de ser también los que mejor procederán en la distribución de los socorros que les envía. Ahora bien, y para no hacernos más largos en este punto, ¿quién es el que está al lado de Constantino para señalarle sus deberes, ilustrarle en la doctrina, redactarle sus decretos y cartas y aconsejarle en sus decisiones? ¡Osio!

Ne llegamos a decir que Osio fuera el consejero único imperial; pero que él ocupaba el lugar principal en su probable cuerpo de consejeros, nadie lo duda. ¿Cómo podrá dudarle alguien si cuando se trata de enviar un emisario o limosnero imperial a Africa escoge a Osio? Y, sobre todo cuando envía un representante suyo al Concilio de Nicea es también Osio el elegido. Tengamos siempre presente la importancia decisiva de los primeros pasos en el despertar de Constantino en el camino de Emperador cristiano; hubiesen sido éstos imprecisos o vacilantes y lo hubiésemos comprendido perfectamente; y sin embargo, por el contrario, cuántos diera en aquellos momentos, fueron los que precisamente necesitaba la Iglesia.

Hemos citado el Concilio de Nicea, sobre el cual naturalmente hemos de volver: pero no lo podemos silenciar aquí cuando de Constantino tratamos. Reunir entonces un Concilio universal era tan necesario como difícil, si no temerario. En cuanto a lo primero, todavía hoy rezamos con su fórmula de Fe y a nadie escapa la importancia que tiene para el catolicismo poder vanagloriarse de esta continuada proclamación de sus verdades fundamentales, con las mismas palabras con que se formularon a los doce años de haber conquistado la libertad. Pues bien, la fórmula de Nicea se la apellida ¡de Osio!

### *III. Osio y la defensa de la Fe. La organización de la disciplina de la Iglesia.*

Osio no está en el catálogo de los santos de la Iglesia Universal debido a su pretendida caída en el error a los cien y pico de años; Osio no es Doctor de la Iglesia, porque no escribió; de él sólo se conoce una carta que habla de la virginidad y otra dirigida al Emperador Constancio; pero creemos firmemente, que si se consiguiera su canonización, proclamarle Doctor o mejor aún Padre de la Iglesia no sería difícil.

El fué, en efecto, el primero que intuyó la importancia de las reuniones de los Obispos para tratar en común de asuntos doctrinales, organización y disciplina eclesiástica. Después del primer Concilio tenido el año 58 en Jerusalén y al cual asistieron los apóstoles, no cabe hablar formal-

mente de ningún otro hasta el de Elvira, aquí en Andalucía, convocado y presidido por Osio. Este Concilio es tan importante por ser el que inauguró la ya ininterrumpida serie celebrados a lo largo de veinte siglos en las demás naciones, como igualmente por alguno de sus cánones, p. e., el del celibato aún hoy subsistente en nuestro actual Código. Otros cánones, al menos en espíritu, alcanzaron a toda la Iglesia, ya que tuvieron su eco, naturalmente, en el ecuménico de Nicea. La necesidad de estas reuniones convirtió a Osio en su apóstol y propagandista convirtiéndolo en su indispensable presidente. En su elogio, dice San Atanasio: "¿Qué Concilio no presidió?" Y cuando los arrianos quieren abatir a Osio, después de haber conseguido el destierro del mismo Papa Liberio, le dicen a Constancio: "*Aún queda Osio en pie, cuya voz escucha todo el mundo*".

Aún no representando al Papa, es muy probable, como dicen algunos historiadores antiguos y modernos, que se le otorgara la presidencia del de Nicea.

Cuando otra herejía, la de los donatistas, surgió, contemporánea del arrianismo, fué Osio el elegido para presidir el de Sirmia. Y para remarcar aún más el carácter teológico de Osio y de jurista, en el prólogo del segundo Concilio ecuménico, se alude a unos cánones que corrían por todo el mundo, generalmente ¡llamados de Osio!

Al hablar del papel que desempeñó junto a Constantino, hemos aludido al Decreto o mejor Decretos de Milán, a la carta a los Obispos de Asia debidas al mismo Emperador y una suya dirigida al Emperador Constancio, el cual olvidándose de la sangre directa de Constantino que llevaba en las venas, se había inclinado a los arrianos y pretendía de Osio la condena de San Atanasio. Osio, que estaba ya entonces viejo, y había vuelto a España, concretamente a Córdoba, le contesta de una forma que no sólo demuestra en plena ancianidad su fuerza y voluntad de permanecer en la fe, sino un conocimiento perfecto de los derechos de la Iglesia y del Emperador.

"Osio al Emperador Constancio. Salud en el Señor.

Yo confesé a Cristo ya una vez cuando tu abuelo Maximiano suscitó la persecución. Y si tú me persiguieres, pronto estoy para padecerlo todo antes que derramar sangre inocente y ser traidor a la verdad. De ningún modo puedo aprobar tu conducta, ni tus escritos, ni tus amenazas. Deja de escribir semejantes cosas; no pienses como Arrio ni des oídos a los orientales, ni creas a Ursacio y Valente; porque lo que estos dicen, no lo dicen por favorecer a Atanasio sino a su herejía. Créeme, Constancio, a mí, que por la edad podría ser tu abuelo. Halléme en el Concilio Sardicense, cuando tú y tu hermano Constante, de buena memoria, nos convocásteis; y yo mismo invité a los enemigos de Atanasio, que se presentaran en la Iglesia donde yo estaba, a que dijeran cuanto contra él tuvieran. Les dí palabra y seguridad de que la sentencia en todo sería recta. No una, sino dos veces, les insté, si no querían deponer ante todo el Sínodo, lo hicieran ante mí solo, y les prometí que si Atanasio resultaba culpable, le arrojaríamos de entre nosotros por completo. Más aún en caso de que saliera inocente y ellos impostores, si a pesar de todo rechazaban a Atanasio, yo le persuadiría que se volviera conmigo a España. Atanasio se

avino a esto sin repugnancia; pero ellos no teniéndolas todas consigo, se opusieron a todo. Llamado luego Atanasio por tus cartas, acudió a tu cuartel general, y pidió que se convocase a sus enemigos presentes en Antioquía, juntos o por separado, para que se acusasen o fuesen acusados, y para que probaran ante él cuanto le echaban en cara y no anduvieran calumniándole en su ausencia. A pesar de apoyar tú la propuesta, ellos la rechazaron. Pues ¿por qué ahora das oídos a sus detractores? ¿Por qué sufres a Valente y Ursacio que en un momento de arrepentimiento confesaron por escrito la calumnia que habían levantado? Y lo confesaron, no obligados por la fuerza, como pretenden ellos, no constreñidos por los soldados, no a ciencia y paciencia de tu hermano, porque bajo su mando no pasaba lo que está pasando ahora, ni mucho menos, sino por su propia voluntad fueron ellos a Roma, y allí ante el Papa y los presbíteros hicieron su confesión por escrito, habiendo dirigido antes a Atanasio una carta de paz y amistad. Y si ahora alegan que se les forzó y esto lo tienen por malo, no apruebes tú nada semejante: deja de hacer violencia a nadie, ni por carta ni por medio de legados. Restituye a sus sedes a los desterrados, no sea que quejándote tú de la fuerza, la ejercites con ellos con mayor encono. ¿Por ventura hizo algo parecido Constante? ¿Qué Obispo desterró? ¿Cuándo se mezcló en los juicios eclesiásticos? ¿Qué ministro suyo estrechó a nadie para que suscribiera contra otro según afirma Valente y los suyos? Desiste, pues, y acuérdate que eres mortal. Teme el día del juicio, y consérvate puro para él. No te entrometas en los asuntos eclesiásticos, ni nos mandes sobre puntos en que debes ser instruido por nosotros. A tí te dió Dios el Imperio; a nosotros nos confió la Iglesia. Y así como el que te robase el Imperio se opondría a la ordenación divina, del mismo modo guárdate tú de incurrir en el horrendo crimen de adjudicarte lo que toca a la Iglesia. Escrito está: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". Por lo tanto, ni a nosotros es lícito tener el Imperio en la tierra ni tú ¡oh Rey!, tienes potestad en las cosas sagradas. Escribo esto por celo de tu salvación; en orden a lo demás, que contiene tu carta, he aquí mi propósito: yo no sólo no me adhiero a los arrianos, sino que anatematizo su herejía; ni suscribo contra Atanasio, a quien la Iglesia romana y todo el Sínodo de Sárdica declaró inocente. Y tú mismo, sabiendo todo esto llamaste a Atanasio, y le concediste que se volviera con honra a su patria y a su iglesia. Pues, ¿qué motivo hay para tan notable mudanza? Porque sus enemigos de hoy son los mismos de ayer, y cuanto ahora murmuran, porque delante de él no se atreven a hablar, lo profesarían antes de que tú lo llamasas a tu presencia, y lo esparcieron al ir al Sínodo de Sárdica; pero cuando yo los estreché a que se alegasen las pruebas, como apunté arriba, no pudieron aducirlas; y si las hubiesen tenido, no habrían huído tan ignominiosamente. ¿Quién te ha hecho olvidar después de tanto tiempo, tus cartas y tus palabras? Contento, pues, y no te fíes de los hombres perversos, para que no te hagas responsable por la mutua participación de unos con otros; porque de lo que ahora condesciendes con ellos, has de dar cuenta tú solo el día del Juicio. Ellos pretenden perjudicar a sus enemigos con tu medio, y quieren que tú seas ministro de su maldad para sembrar con tu ayuda en la Iglesia una herejía.

detestable. No es prenda de prudente arrojarse al peligro cierto por servir a la liviandad ajena. Repórtate, y escúchame, Constancio, pues esto es lo que a mí toca escribir y a tí no despreciar”.

Larga es la cita y no todo era necesario para nuestro propósito; pero es su contenido tan importante y tan significativo, que no hemos dudado en transcribirlo íntegro. Cuando se imprimirían, largos años después los textos oportunos para demostrar la personalidad internacional de la Iglesia y se enumerarían documentos antiguos para aclarar las relaciones entre el poder temporal de los Reyes y el espiritual de los Papas, se aducirá sobre todo el famoso texto de San Gregorio sobre las dos espadas como el mejor comentario de “dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Pero ¿cabe otro mejor que el que acabamos de leer, mucho más antiguo, más concreto y con no menos valor pronunciado?

Después de esto, que podríamos alargar bastante más todavía, ¿no tenemos derecho en reclamar para Osio, no sólo su exaltación a los altares, sino que también su condición de Padre de la Iglesia?

Pero no es ésta sola su gloria en la defensa de la Fe. Osio representa el triunfo más glorioso conseguido por la verdad contra el error en toda la historia de la Iglesia, ya que él fué, con San Atanasio, el titán de la lucha de la verdad contra la herejía que más espacio geográfico consiguiera dominar, si exceptuamos al moderno comunismo. Nos referimos al arrianismo, sobre el cual hemos de hablar con más detención. Tendré que apelar nuevamente a vuestra paciencia y aunque la exposición de este punto, que es esencial en un discurso de exaltación de Osio, sea más propio de una Academia de estudiosos, confío que sabré exponérselo lo suficientemente claro y breve para que no os canséis demasiado.

#### IV. *El arrianismo.*

“Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, consubstancial con el Padre, por el cual fueron hechas todas las cosas”. Esta es la primera parte del Credo o Símbolo de Nicea, proclamado por los sacerdotes cuando celebramos la Santa Misa y cantado solemnemente por el pueblo en todas las partes del mundo. Salió así escrito del Concilio de Nicea, celebrado el año 325 presidido con toda probabilidad por Osio. Por esto se ha dicho, precisamente, en honor de Córdoba, que si esta ciudad enseñó a pensar con Séneca y a cantar con Góngora, lo hizo, para rezar, con Osio.

Pero si el pensador, para condensar sus ideas hubo de disponer de una inteligencia y una didáctica singular, y para cantar tuvo que estar el poeta asistido de privilegiadas Musas, para concretar las fórmulas de nuestro diario rezo le hizo falta a Osio una inteligencia preclara, una poderosa imaginación y una fuerza de gigante voluntarioso para imponerse después de recibir, indudablemente, una singular asistencia del Espíritu Santo.

La vida de los primeros cristianos nunca fué fácil desde cualquier punto de vista que se la considere. No fué su menor dificultad la exposición continua de su vida; al fin y al cabo, encontraban en el martirio el más cumplido premio a su fe. Lo que dificultaba principalmente la vida cristiana de aquellos tiempos, eran las herejías, las cuales, sobre no preservarles de una muerte en manos de los paganos, les exponía a creer lo falso y a verse involucrados en una lucha intestina en la que no siempre lo que predominaba era la buena fe, la caridad, el deseo sincero de la verdad. Hay que tener en cuenta sin embargo, como una posible disculpa en favor de los herejes de aquellos tiempos, tanto su origen como el ambiente en que se movían, así como también su poca formación intelectual y un explicable excesivo celo. Esto les hacía presa fácil para cualquier exaltado o pretencioso con apariencias de hombre apostólico. Arrio fué uno de tantos, quizás el más peligroso hereje que haya sufrido la Iglesia. Con una fuerza persuasiva no común, incluso entre el elemento femenino, conquistó a obispos en Oriente y Occidente, anuló a bastantes de los que se mostraron fieles a Roma; se granjeó, después de Constantino, el favor de los emperadores; con su doctrina capciosa arrastró a muchos que anhelaban poner de acuerdo la filosofía griega y pagana con el dogma católico; con su elocuencia, en fin, arrastró tantas naciones que, según San Jerónimo, en un momento dado, todo el mundo pareció haberse hecho arriano. Encontró sin embargo, dos valladares invencibles: San Atanasio y Osio; éste con su dinamismo y sentido de organización y aquél sobre todo con su virtud y escritos; ambos con su fe heroica puesta a prueba con el destierro cuando no con el martirio. Alrededor de estos dos gigantes de aquel siglo turbulento respecto a la fe en la divinidad de Jesucristo y en su integridad personal, formaron el cuadro mártires y doctores. La verdadera fe se salvó al fin, en virtud de los Decretos del Emperador Teodosio; pero hasta la llegada de la hora del triunfo definitivo y total, ¡cuántas luchas, Asambleas, discusiones, destierros, intervenciones humanas y divinas y cuántos baches en el cumplimiento de la primera virtud cristiana: la caridad!

¿En qué consistía el error terrible de Arrio? Helo aquí, resumido: "Dios no puede engendrar ni ser engendrado, porque según Aristóteles, estas dos operaciones suponen cambio, composición, división y por lo mismo requieren un ser corpóreo; su sustancia es por consiguiente incomunicable, única. Fuera de El todo es creado de la nada, por su libérrima voluntad, tanto que el mismo Verbo, Jesucristo, ha sido hecho; es el instrumento de que se ha valido para crear el mundo; como intermediario entre Dios y aquél, no es ni consubstancial con Dios ni forma parte del mundo; ni es eterno ni enrolado en el tiempo. Si se llama Dios, aunque en realidad no lo sea, se entiende en el sentido en que son llamados, en la Sagrada Escritura, hijos de Dios los justos. Por esta razón se le llamó hijo, engendrado, aunque en realidad, sea totalmente extraño a la sustancia del Padre y a su divinidad y no tenga con ella ninguna semejanza; en cuanto Dios lo ha adoptado por Gracia en previsión de sus méritos, es Logos o Sabiduría, y en cuanto que tiene por participación estos atributos, es impecable e inmutable si bien por naturaleza es mudable y capaz

de engaño. Por su elevada moralidad es digno de la Gloria divina y de nuestro homenaje y es igualmente superior a cualquier otra criatura. Esto se debe a que Dios no puede producir otra criatura más excelente y también a causa de su continuo progreso en la perfección. En cuanto al Espíritu Santo, aunque forme una Triada con el Padre y el Hijo, es no obstante una Hipóstasis incluso muy inferior al Hijo”.

Estoy seguro que habéis captado inmediatamente todo lo capcioso que encierra esta doctrina, así como lo falso y absurdo que en ella expone Arrio. Este hombre, si estudió bien a Aristóteles, le faltó estudiar a fondo el Evangelio, igual que les sucediera a los filósofos o teólogos árabes. De todas formas, una doctrina así, predicada por un hombre elocuente y atractivo no podía menos de sugestionar a mucha gente. Hoy vemos claras sus lagunas, absurdos e incoherencias; pero entonces, tan cercanos los paganos y gentiles, tan oscuros nuestros dogmas, tan misteriosa la persona de Jesucristo y con tantos deseos, una vez conquistada por la Iglesia la libertad de persuadir a todas las inteligencias que aún permanecían fuera, es perfectamente comprensible la conmoción que ocasionó. Pensemos solamente un momento en la moderna herejía del comunismo; envolvámosla en el complejo de la doctrina social; soñemos en la posibilidad de cristianizarla dotándola de una terminología compatible con el catecismo y sobre todo ilusionémosnos con la posibilidad de entroncar con nuestra Fe tántos países y personas que ya lo ven como sistema de gobierno y que lo anhelan como la liberación de su miseria. Pero en la Fe no valen los sueños. Sólo en la caridad se puede convivir. La verdad es sólo una y ésta radica inexcusablemente en la Revelación. Las palabras de Jesucristo, llamándose Hijo de Dios son terminantes y no significan que fuese justo y mejor que todos los hombres. Si hiciéramos la voluntad de Jesucristo relativa y no absoluta, como es la de Dios mismo, nunca podríamos dejar de esperar, como los judíos, el advenimiento del Mesías verdadero. Cada fiesta de Navidad como la que acabamos de celebrar, nos aparecería como la escena de una obra que mañana puede cambiar en mejor y más encantadora todavía y nuestra esperanza de Redención no se cifraría en la realidad de un cielo que Jesucristo-Dios nos mereció, sino en un continuo apetecer de su venida definitiva en la tierra. Sin embargo, había que contestar a Arrio, descubrir no solamente sus errores, sino fijar los conceptos en que debía expresarse de una vez, para siempre y con toda claridad y precisamente con palabras sacadas del mismo lenguaje que hablaban los paganos, esta singular concepción y generación de Dios en Jesucristo hijo también de la Virgen María. Y después de haber encontrado la palabra justa, saber explicar al pueblo, cómo se verifican en el mismo Jesucristo estas dos generaciones, una eterna en el seno del Padre, y otra temporal en el de la Virgen Santísima. He aquí la gran clarividencia de Osio al aconsejar al Papa y al Emperador la convocatoria de un Concilio universal. Osio que había comprobado la eficacia de las reuniones de los obispos para enderezar la disciplina eclesiástica, era el más indicado para probar su eficacia en el terreno doctrinal, para que no anduviera cada uno predicando su parecer por la tierra de su dominio. Ante todos y cara a cara, con la máxima libertad y caridad, con el único deseo

de aclarar la verdad, es como Osio comprendió que se atajarían las discusiones y las ideas se pondrían claras y predicables. Para esta primera reunión de obispos de todo el mundo conocido y cristianizado de entonces, en lo que materialmente era posible, se escogió la ciudad de Nicea en el Asia Menor.

Arrio y sus seguidores, alguno de los cuales, como se comprobó después de su muerte, superaban al maestro en mala intención, sutileza de ingenio y especialmente en lo que luego fué característica del arrianismo: la calumnia, ya no podían rehuir la polémica en público. No se puede, en una ocasión como ésta, descender a detalles, porque nos haríamos interminables; baste decir que asistieron más de 300 obispos en su mayoría de la Iglesia Oriental. Recalco este dato, porque Osio, como dije al principio, ha sido mejor comprendido y más conocido en Oriente que en Occidente, y como dice San Agustín, más en la Galia que en España. En este Concilio no se trató únicamente del arrianismo; pero es natural que al hablar de Nicea ocupe lugar preferente la cuestión de la persona de Jesucristo y especialmente su naturaleza divina. Arrio y seguidores desplegaron toda su elocuencia, pero no pudieron con la tenacidad de Osio que probablemente presidía, ni con la doctrina y solidez de los argumentos de San Atanasio. La victoria, en el sentido de convencer a todos, no fué absoluta. Ni los consejos del Emperador, ni las sugerencias que los legados del Papa traían, ni nada fué capaz de hacer capitular a Arrio. Una victoria sí se consiguió, pero a la larga: La total destrucción del arrianismo empezó allí; pero antes, como hemos dicho, tuvieron que pasar algunos años y suceder bastantes acontecimientos en el terreno político. Murió Arrio de una manera espeluznante mientras procesionalmente iba a ocupar la Sede de una iglesia de Alejandría que había arrebatado a su legítimo Pastor. Murió Constantino, bautizado poco antes. Le sucedieron en el trono sus hijos Constantino II, Constante y Constancio, gobernando poco tiempo el primero; Constante, en Occidente, adoptó el Símbolo de Nicea; pero Constancio, en Oriente, favoreció a los arrianos. Todavía tuvieron la suficiente influencia para que incluso Constante les favoreciera. Volvieron a reunirse varias veces en Concilio los obispos de ambos mundos, casi siempre presididos por Osio que continuaba siendo el baluarte indestructible contra el cual se derrumbaban cuantas tentativas se proyectaban para disminuir la fuerza del Símbolo de Nicea. Al fin, asesinado el Emperador Constante y dueño absoluto del Imperio Constancio, creyeron llegado su hora los arrianos. En efecto, se reunieron de nuevo en Concilio, en Sirmia, y allí la fuerza del Emperador se manifestó con aquellas célebres palabras: "*La ley de la Iglesia será la que yo quiera*". Pero no todos los obispos se doblegaron: San Atanasio continuó enarbolando la bandera de Nicea. El y cuantos no quisieron condenarlo, entre los cuales destacó Osio, fueron desterrados. Luego, viene la acusación contra Osio, cuando ya centenario y fuera de su tierra, dicen que firmó la fórmula de fe que, sin convencer a nadie, favorecía al menos a los semiarrianos. ¡Qué paradoja, sin embargo! Aún los que admiten que Osio claudicó, en cuanto a la fe de Nicea, afirman que no pudieron arrancarle la condenación de su amigo San Atanasio.



Aparentemente habían triunfado los arrianos; pero inmediatamente empezaron entre ellos mismos unas luchas de tal envergadura que obligaron incluso al Emperador a tomar parte. Con los Decretos de Teodosio y las luces de San Dámaso, más la doctrina de San Basilio, los Gregorios, San Ambrosio, etc., el arrianismo se refugió entre los germanos, los cuales terminaron en su error precisamente en España, en los Concilios de Toledo con el hijo de Leovigildo. Un obispo español empezó la lucha contra ellos allá en Oriente y el arrianismo vino a morir aquí en España, en manos de otro obispo español. Por esto dice Menéndez Pidal que la lucha contra el arrianismo es eminentemente española.

Quizás porque la lucha tuvo que ser tan fuerte y duradera, la fórmula de Nicea tiene todo el sabor de las frases escriturarias: "*Creo en Jesucristo, Hijo engendrado, no hecho, consubstancial con el Padre*".

#### V. *¿La gloria de Osio?*

Cuatro etapas, pues, de la vida de Osio, perfectamente definibles y a cual más gloriosa hemos recorrido rápidamente. Obispo de Córdoba, Consejero de Constantino, Organizador y Presidente de Concilio, y Debelador del arrianismo. Cuando siente ya sobre sus hombros el peso de los años y quiere retirarse a Córdoba, todavía no le dejan. Partidarios y contrarios del Credo de Nicea, nada saben hacer si Osio no está presente. El es quien tiene que explicar el significado de lo que allí se aprobara; él es quien tiene que decir la última palabra; él es quien pesará más en las decisiones que se adopten. Para los enemigos parece que mientras no ceda Osio, todo queda en pie. Por esto, cuando se divulga que Osio ha cedido, parece que cae sobre la fe cristiana el sudario de la muerte. Seis fórmulas distintas se elaboraron en las reuniones o Concilios tenidos en Sárdica, Roma, Arlés y Sirmio; pero ninguna satisfacía a todos. Apenas conocida una fórmula encontraba disconformidades y contradicciones en ambos bandos en que se dividió el arrianismo después de Nicea, cuando empezó a contar con el favor de los Emperadores, pero ninguna de ellas prosperó, ¡porque no la había firmado Osio! Cuando se disiparon las nubes y desaparecieron uno tras otro los cabecillas de la herejía más o menos encubierta, y cuando los contemporizadores se dieron cuenta que de nada servían las ambigüedades, volvió a sonar fuerte la fórmula de Osio, fórmula que después de dieciséis siglos nadie ha podido mejorar rectificándola. Es la fórmula de Osio: "*Creo en Dios Padre,...*". A mi entender ella contiene la ejecutoria perfecta de un hombre para el cual nosotros hemos de conseguir, si así le place al Señor, el honor de los altares. ¡Para Osio, señores, un altar monumental en nuestra Mezquita Catedral!

N. T. D.

## FORMULAS DE LA FE RELACIONADAS CON OSIO

### EDICTO DE MILAN

“Nos, Constantino Augusto y Licinio Augusto, felizmente reunidos en Milán, y tratando de todo lo concerniente a la seguridad y utilidad públicas, hemos creído que una de nuestras principales obligaciones era arreglar lo respectivo al culto de la divinidad, y dejar a los cristianos, como también a todos los demás súbditos nuestros, en plena libertad de seguir la religión, para que descienda sobre nosotros y sobre todo el Imperio la bendición del cielo. Por tanto, hemos resuelto no rehusar, a cualquiera que lo desee, los medios de abrazar y seguir con el corazón y el afecto las observaciones de los cristianos, como igualmente practicar la religión que tengan por más conveniente; todo con el fin de que el supremo Dios, a quien veneramos, no cese de colmarnos de beneficios. Sabed, que a pesar de cualquiera otra orden que hayais recibido contraria a ésta, es nuestra voluntad mandar ahora pura y sencillamente, que todo el que tenga voluntad de profesar la religión cristiana, pueda hacerlo sin que por ello sea molestado ni inquietado en manera alguna; todo lo cual os declaramos, advirtiéndoo, que hemos concedido, generalmente a los cristianos facultad amplia para ejercer su religión. Hemos dispuesto además, que si los lugares en que éstos se reunían antiguamente (respecto de los cuales habeis recibido órdenes contrarias), hubiesen sido comprados por particulares, sean restituidos a los cristianos, sin que ni el fisco ni ninguna otra persona puedan reclamar el precio, y sin demora ni dificultad alguna. Que los que los hubieren habido por gracia los devuelvan del mismo modo cuanto antes; y que así los que los hubieren comprado como los que los habían recibido por gracia, acudan al vicario de la provincia a recibir de su mano lo que de nuestra bondad pueden prometerse. Por tanto, volveréis a poner inmediatamente a la sociedad de los cristianos en posesión de los susodichos lugares; y siendo notorio que poseían además otros bienes pertenecientes a su comunidad, es decir, a las Iglesias y no a los particulares, haréis restituir a estas comunidades o corporaciones todos aquellos bienes, sin la menor oposición ni dificultad, reservando a los que los devuelven sin reintegrarse del valor el derecho de recurrir a nos para su indemnización. En cuanto va mandado, queremos que os valgais de toda la autoridad y de vuestro ministerio, y del modo más pronto y eficaz, a fin de que la bondad divina cuyos beneficios hemos ya experimentado en tantas y tan importantes ocasiones, no cese de colmarnos de prosperidades, como también a todos nuestros pueblos. Y para que este edicto llegue a noticia de todos, lo mandamos fijar en los parajes públicos, para que nadie pueda alegar ignorancia”.

(*Diccionario de Ciencias Eclesiásticas. Vol. 4, pág. 36*).

## SEGUNDA FORMULA SIRMIENSIS

*(Según algunos firmada por Osio)*

“Quoniam de fide placuerat disceptationem fieri, omnia cum sedulitate inquisita et examinata fuere Sirmii in presentia Valentis Ursatii Germanii ceterorumque omnium. Constitit ergo, unum esse Deum omnipotentem, sicuti in universo orbe praedicatur, et unum eius Unigenitum Filium Dominum Nostrum Iesum Christum, ex eo ante saecula genitum; duos tamen deos non oportet dici, cum ipse Dominus de se locutus sit: “Vado ad Patrem meum et Patrem vestrum, Deum meum, et Deum vestrum”. Ideoque omnium Deus habendus est, quaemadmodum Apostolus dixit: “an Judaeorum tantummodo sit Deus, et non etiam gentium? Certe et Gentium, quoniam unus est Deus, qui iustificavit circumcisionem ex Fide, et praeputium per Fidem”; et reliqua omnia consentiunt, et nullam prorsus habent ambiguitatem. Caeterum quia multos commovet vox latine quidem “substantia”, graece autem “ousia”, hoc est, ut diligentius cognoscatur illud quod “omousión” aut “omoiusion” dicitur, nullam earum vocum mentionem fieri, neque de iis sermocinandum in Ecclesia censemus, quod de iis nihil sit scriptum in Sacris Litteris, et quod illa hominum intellectum et mentem transcendunt quod nemo possit generationem Filii enarrare, quaemadmodum scriptum est: “Generationem eius quis enarrabit?”. Solum enim Patrem scire, quodmodo Filium suum genuerit, et Filium, quomodo genitus sit a Patre, certum est.

“Nulli vero ambiguum, Patrem maiorem esse; neque est quod quisquam dubitet. Patrem honore dignitate Deitate, atque adeo ipso nomine paterno maiorem esse, attestante paresertim ipso Filio: “Qui misit me Pater, maior me est”: et hoc ipsum catholicum est, et nemo ignorat, duas esse personas Patris, et Filii, ac proinde Patrem maiorem, Filium vero Patri cum omnibus, quae illi Pater subiecit, subiectum esse: Patremque initium non habere, et invisibilem et liberum a passionibus esse: Filium vero a Patre genitum esse, Deum ex Deo, Lumen ex Lumine, eiusque generationem, quaemadmodum superius dictum est, neminem scire nisi solum Patrem. Ipsumque Filium Dominum nostrum et Deum carnem sive corpus, hoc est, hominem ex Maria Virgine assupsisse, quaemadmodum Angelus praenuntiaverat, et omnes Scripturae docent, et in primis ipse Gentium Apostolus, hominem assupsit Christum ex Maria Virgine, per quem passus est. Summa autem totius fidei et firmamentum est, ut Trinitas semper retineatur, quaemadmodum legimus in Evangelio: “Abite et baptizate omnes gentes in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti”. Numerus autem Trinitatis integer et perfectus est. Paracletus porro Spiritus nimirum Sanctus per Filium missus secundum Evangelium venit, ut Apostolos et omnes credentes erudiet et sanctificaret”.

*(Hosius vere Hosius. P. Maceda, pág. 35-36).*

## TRADUCCION DE LA SEGUNDA FORMULA DE SIRMIO

Habiéndonos parecido bien que se entablara una discusión sobre la fé, todas las cosas fueron investigadas y examinadas cuidadosamente en presencia de Valente Ursacio Germanio y de todos los restantes. Quedó, pues, constancia de que hay un solo Dios Omnipotente, conforme se profesa en todo el orbe y que uno sólo es su Hijo Unigénito, Nuestro Señor Jesucrito, engendrado de El desde la eternidad; que sin embargo no sería conveniente llamar dioses a los dos, pues el mismo Señor dijo de Sí: "Voy a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y Dios vuestro". Por lo tanto ha de ser considerado como Dios de todos, según la frase del Apóstol: "¿Acaso es Dios únicamente de los judíos y no también de los gentiles? Ciertamente lo es también de los gentiles, porque es uno solo el Dios que ha justificado a los circuncisos por la Fe y a los incircuncisos por (la misma) Fe; y todo lo demás está claro, sin que, en verdad, encierre ninguna ambigüedad. Por lo demás, como a muchos confunde la palabra latina *substantia* y griega *ousia* (sustancia), es decir, el que se conozcan más explícitamente los términos *omousion* (idéntico en sustancia: consustancial) y *omoiusion* (semejante en sustancia), juzgamos que no debe hacerse mención de esos vocablos, ni debe predicarse sobre ellos en la iglesia, ya que nada se ha dicho acerca de ellos en la Sagrada Escritura, aparte de que superan la capacidad del entendimiento y de la mente de los hombres y nadie puede explicar la generación del Hijo, según las palabras de la Escritura: "¿Quién podrá narrar su generación? Pues es cierto que sólo el Padre sabe cómo ha engendrado a su Hijo y sólo el Hijo cómo ha sido engendrado del Padre".

Que a nadie quede ambigüedad de que el Padre es mayor; y nadie debe dudar que el Padre es mayor en honor, en dignidad, en Deidad y por consiguiente en el mismo nombre de Padre, máxime afirmando el mismo Hijo: "El Padre, que me envió, es mayor que yo", también es doctrina católica, que nadie ignora, que dos son las personas del Padre y del Hijo y por lo tanto que el Padre es mayor, y que el Hijo está sometido al Padre en unión de todas las cosas que el Padre subordinó a él (al Hijo); que el Padre no tiene principio, y que es invisible y está libre de sufrimiento; que el Hijo ha sido engendrado por el Padre, Dios de Dios, Luz de Luz, y que su generación, según se ha dicho anteriormente, nadie conoce, sino sólo el Padre. Que el mismo Hijo, Señor y Dios nuestro, asumió su carne o cuerpo, o sea, su humanidad, de la Virgen María, como ya lo había anunciado el Angel, y lo enseñan todas las Escrituras, y en primer lugar el mismo Apóstol de las Gentes: Tomó de María Virgen la humanidad de Cristo, por medio de la cual padeció. Sin embargo el compendio y fundamento de toda la fe está en que siempre se mantenga la Trinidad, según leemos en el Evangelio: "Id y bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo". El número de la Trinidad es íntegro y perfecto. Pues el Espíritu Santo Paráclito vino enviado por el Hijo, según el Evangelio, para instruir y santificar a los Apóstoles y a todos los creyentes.

(Traducción del Académico Numerario D. Pedro Palop, revisada por el Rvdo. Sr. don Carmelo Barraán, Profesor de Teología Dogmática del Seminario de Córdoba.)

## OSIO, FIGURA ESPAÑOLA

*Por Dionisio Ortiz Juárez*

La figura de Osio que se yergue en los comienzos de la libertad de la Iglesia como un gigantesco rompeolas contra el que se estrellan las herejías, especialmente la arriana, ha admirado tanto a la posteridad, que no siempre se le ha enfocado debidamente, no siempre se le ha estudiado como personaje histórico, causa y consecuencia a la vez de otros hechos históricos; se le ha visto tan sólo como el ser providencial, el instrumento de Dios, casi desconectado de los hechos y circunstancias que no tuviesen relación estrecha y directa con los acontecimientos religiosos de que él fué verdadero eje. Es decir, se le sitúa en la Historia, pero no se le suele entretejer en ella.

Es innegable que Osio, como todas las grandes figuras de la Historia alcanza valor de símbolo, es ciertamente el hombre providencial: pero no conviene perder de vista que es también un producto de una época, de una civilización y de un pueblo; que tiene las notas características de éstos, y que época, civilización y pueblo han sido en resumen el camino indirecto de que Dios se ha servido para producir y perfeccionar a este santo. La Providencia dotó a Osio de gran inteligencia, de virtudes heroicas, de vida centenaria y fecunda, pero al mismo tiempo lo hizo occidental, y no sólo occidental, sino español con todo lo que esto significa en cualquier momento, y más que nunca en aquel en que la pugna entre dos mundos, oriente y occidente, entre dos concepciones de la vida, de la cultura y de la religión, estaba más empeñada.

Ya dice García Villada que "no se hace notar debidamente que quien convirtió a Constantino, formó su conciencia y le decidió a adoptar providencia tan importante, fué un español: el gran Osio".

En el mundo de la antigüedad podríamos señalar estos cuatro sectores importantes, de muy distinta extensión, evolución histórica e influjo externo; pero bien caracterizados: Oriente, Grecia, Roma y España.

Lo oriental se caracteriza por sus dominantes creencias en lo sobrenatural, en lo mágico, en lo misterioso. Dios es un ser inaccesible, incomprendible, innombrable, terrible e iracundo. La materia es el mal, Dios no la ha hecho, sino los seres intermedios. El hombre, un punto de la masa humana, siente su corporeidad como un castigo y se complace en mortificarla y despreciarla. Es el país de las castas, de los pueblos cerrados y escogidos.

Lo griego se nos presenta como el triunfo de la Naturaleza, de lo bello, de la vida. Su estética excepcional ha fascinado al mundo; pero entre grie-

gos y bárbaros —decía Isócrates— no existe menos diferencia que entre el hombre y el animal. Más que castas hay grados en la escala humana, y Grecia representa el triunfo del hombre en abstracto, representado por el superhombre. Grecia venera al superhombre. Eso eran sus dioses.

Menéndez Pelayo dice de Roma que “no ha escrito más poema que el poema jurídico, ni ha inventado más filosofía que la razón escrita de sus leyes”. Roma representa el triunfo del estado y de los medios para alcanzarlo. Se diviniza al emperador porque conviene a la seguridad del Estado. Todas las religiones acaban siendo aceptables siempre que no sean peligrosas para la marcha de la república. El hombre no es más que una pieza del mecanismo de la sociedad.

Lo característico del modo de ser español en todos los tiempos consiste en un tenaz y delicado sentimiento de la dignidad de cada hombre y de su superioridad sobre la Naturaleza. No es el triunfo de la Humanidad así en abstracto, ni mucho menos de un pueblo, sino del hombre individual, de cada uno.

Este sentimiento hipersensibilizado de la dignidad humana es propio de la raza ibera desde sus orígenes. Es que el español siente con especial intensidad que, si bien una de las raíces de su humanidad se entierra en la naturaleza animal y material que la rodea, la otra, el alma, le tira inconscientemente hacia un trasmundo espiritual, eterno y deseable. Y de esta alma atirantada, brota la pasión de eternidad y la instintiva dignidad española tan característica. De aquí brotan la viva intuición de la igualdad esencial de todos los hombres, que ha de orientar de forma tan constante, y desconcertante para los otros pueblos, toda nuestra política imperial y colonizadora.

En este mapa que acabamos de trazar a grandes rasgos, ocurre a lo largo de la Edad Antigua un fenómeno: la orientalización de Grecia y de Roma.

Sobre una base intensamente helénica, aparece un nuevo tipo de civilización en el cual se pintaban diferentes influencias orientales. Esta es la civilización helenística, que acabó por imponerse, no ya a los países de Oriente, sino a la misma Grecia, y aún continuó luego como un elemento fundamental de lo bizantino. “Se ha dicho con razón —dice A. de Castro— que la historia de los tres primeros siglos del imperio romano fué una penetración pacífica del Occidente por el Oriente”. La influencia filosófica destruye los dogmas y las creencias en los dioses, los cultos orientales alcanzan cada vez más difusión en Roma, y el Occidente va poco a poco perdiendo su fisonomía invadido por el Oriente.

Uno de los efectos de este fenómeno fué la difusión que alcanzó en estos países ese cúmulo de doctrinas, mezcla de Cristianismo, paganismo y teosofías orientales, que se conoce con el nombre genérico de gnosticismo.

Estas doctrinas unidas a la dificultad de exponer ciertos dogmas, la imprecisión del vocabulario para expresar ciertos conceptos, las numerosas calumnias levantadas contra los cristianos, todo ello, fué fuente abundante de herejías, sobre todo en el Oriente, llegando a su culminación en la herejía arriana; pero este Oriente no tropezó siempre con un

Occidente caracterizado y firme donde se estrellaran sus descarríos, sino mixtificado y débil: orientalizado.

Mas hay un fenómeno histórico que me limito a señalar sin entrar en detalles, es la doctrina de Cristo, nacida en Asia, difundida primeramente por Palestina y los contiguos países orientales, y que, al cabo de los siglos, se ha ido desplazando hacia Occidente y ha arraigado de una manera especial en los países latinos y latinizados, aunque en ninguna nación como lo ha hecho en España.

Por la manera de ser que antes señalábamos, parecían de siempre los españoles preparados de un modo especial para recibir el cristianismo y asimilarlo de una manera más amplia y más intensa, y España se convierte en la cabeza y vanguardia de la Iglesia de Dios y en paladín de la paz universal entre los hombres. Alguien ha hablado hasta del catolicismo innato de los españoles. García Morente dice que, de una manera más o menos consciente, el pueblo español se ha sentido siempre especialmente llamado a la vocación religiosa de conquistar la gloria para sí y para los demás hombres.

Por eso, mientras Roma está demasiado orientalizada, España, como siempre, es la gran reserva de energías puras que ha de acudir en los momentos decisivos. Y en dos momentos importantes, la libertad de la Iglesia y la declaración del Cristianismo como religión oficial del Imperio, corresponde el papel principal a dos españoles: al gran obispo cordobés Osio y al emperador Teodosio.

Y donde se muestra el carácter español de nuestro obispo, fué contra Arrio y sus secuaces, y la batalla más empeñada, el Concilio de Nicea. De su obra, de su importantísimo papel en el mismo no voy a hablar porque sería interminable. Bástenos con notar que un español, el obispo de Córdoba, es la cabeza en aquella ocasión; todos hablan de él, todos se refieren a sus hechos y sus palabras, a él principalmente se dirigen los ataques de los arrianos. "Somos herejes porque Osio lo dice" —exclamaban—. Y, como ocurre con el enemigo innoble, que no lucha cara a cara como el león, sino subrepticamente como la serpiente, los arrianos y semiarrianos recurren a todos los ardides para vencer a Osio; pero con Osio estaba Dios.

Hay un dato curioso y significativo. Algunos obispos semiarrianos, al firmar las actas del Concilio, cometieron el fraude de intercalar una iota en la palabra *omousios* (consustancial) para que dijese "omoiusios" (semejante). Hasta este punto llegó la disputa, la intransigencia de los arrianos, a centrarse en una letra, en una iota, en una rayita vertical que en aquel momento representaba la separación de dos mundos, la frontera entre Oriente y Occidente, el secular antagonismo entre Grecia y Roma. Del lado de allá de esa iota, estaba Arrio, estaban las herejías, los partidismos y castas cerradas, el Demiurgo y su secuela de males enredados a la materia, estaban las mentalidades asiáticas con su mezuquina concepción del hombre, que les impedía comprender a un Dios creador del cuerpo y al Hijo de ese Dios unido a la naturaleza humana.

Del lado de acá, Osio y los que estaban con Osio; del lado de acá estaban la verdad y el amor, está también el modo de ser español re-

presentado por el obispo de Córdoba, por el padre de los concilios que inicia así una vocación española: por ese faro luminoso de la Cristianidad, cuya luz clara y potente se nutría de este ardor apostólico y ecuménico que corriendo por las acequias de nuestra historia llevó a España a evangelizar en América y a dogmatizar en Trento.

Allí estaba el modo de ser español representado por el que consiguió impregnar la legislación de Constantino de ese sentimiento de dignidad e igualdad de todos los hombres; por quien demostró su amor a la justicia en su labor a través de tantos concilios; por quien poseído de esa dignidad tan española no teme decir a Constante, el emperador, que estaría dispuesto a sufrir otra persecución si él la decretase. Un santo lo siente. Un santo español, además, lo dice.

Allí estaban, junto a Osio, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Francisco Javier; allí estaban el Cid, los Reyes Católicos y el Gran Capitán. Allí estaban con Osio los conquistadores y evangelizadores de América, los ejércitos que lucharon con turcos y luteranos, los caídos de nuestra Cruzada, España entera, y, sobre todo Córdoba, esta Córdoba solemne y profunda, con todos sus santos, con todos sus mártires, con San Rafael y la Virgen de la Fuensanta. Esta Córdoba filósofa y discreta, pero tan olvidadiza y despreocupada para lo suyo que ha dejado pasar tantos siglos sin acometer en firme negocio tan importante como la canonización de Osio. Menos mal que, como dice el filósofo, "hay, por la gracia de Dios, una distancia infinita entre tarde y demasiado tarde".

He dicho.

D. O. J.

---

## CORDOBA EN EL XVI CENTENARIO DE OSIO

---

*Por el M. I. Sr. D. Juan Jurado Ruiz*

Canónigo Magistral de la S. I. C.

Porque la religión de Cristo habla siempre de perseverar en forma de auténtica y perfecta sociedad, fué voluntad de su Divino Fundador que en ella el centro de unidad doctrinal se identificase con el centro y cimiento de su unidad de régimen; éste sabemos todos que no puede ser otro que Pedro y sus sucesores; más lo que a veces se olvida es que, por voluntad del mismo Cristo, junto a Pedro y formando con él un solo



cuerpo, los obispos, a quienes como sucesores de los Apóstoles, puso el Espíritu Santo, dice San Pablo, para regir la Iglesia de Dios, son como los recios, graníticos nervios que garantizan la unidad y estabilidad en la magnífica bóveda del templo de Dios que es la Iglesia. Gloria sin par de nuestra patria española ha sido en cada época de la historia ofrecer a la Iglesia un episcopologio tan espléndido en virtud, en saber, en celo y adhesión a Roma como ningún otro país cristiano tuviera: que ahí están, para botones de muestra, la constelación visigótica de San Isidoro y sus hermanos con los Ildefonsos, Eugenios y Julianes, y la legión espléndida de prelados que en Trento hicieron de la más alta y sapientísima asamblea ecuménica un verdadero concilio español.

Sin embargo, como anegadas en piélagos de luz se desvanecen las estrellas ante el astro rey, los nombres de todos los prelados que en todos los tiempos diera España a la Iglesia, palidecen ante el nombre de aquel OBISPO SANTISIMO, como el cuaderno sinódico llama a nuestro Osio, cuyo solo recuerdo es para todo el que ha saludado la Historia símbolo, el más auténtico del atleta de la Fe, cuyas gestas se superan unas a otras, cuyas victorias se cuentan por sus combates, en quien campea con su fortaleza irresistible una influencia decisiva mantenida por una voluntad de acero; tan amado de los fieles de su tiempo como odiado y temido por los herejes, que eran a la vez enemigos de la paz del Imperio; acatado por los obispos del orbe como un oráculo, honrado de príncipes, Papas y santos, como su íntimo San Atanasio, el padre de la ortodoxia; quien, después de haberle llamado confesor de Cristo, padre de los obispos, anciano abrahámico y hombre verdaderamente OSIO, que es decir santo e irreprochable en su vida; prorrumpen en estas exclamaciones: “¿Para qué he de hablar de este Santo viejo, confesor insigne de Jesucristo? No hay en el mundo quien ignore que Osio fué desterrado y perseguido por la Fe. ¿Qué concilio hubo donde él no presidiera? ¿Cuándo habló delante de los obispos, sin que todos asintiesen a su parecer? ¿Qué Iglesia no fué amparada y defendida por él?”

La primera misión del obispo —episcopus significa vigilante— es la vigilancia por la pureza incontaminada del sagrado depósito de la verdad revelada; por eso a San Timoteo le recordaba San Pablo: “Bien sabes cómo al irme a Macedonia, te pedí que te quedases en Efeso para que hicieses entender a ciertos sujetos que no enseñasen doctrina diferente de la nuestra”. Y lo que toca a celo, firmeza y eficacia en esta misión, raya la figura de nuestro Obispo a una altura sin par.

No hubo en toda la primera mitad del siglo IV —época para la Iglesia de verdadera crisis de crecimiento— error, herejía o cisma que no se enfrentase con el ariete pulverizador de la invencible dialéctica de Osio.

Sin renunciar a su amadísima sede cordobesa, que él rige y pastorea con mano firme y suave por espacio de más de sesenta años —caso único en la Historia— la fama de su virtud, que en Córdoba brillara padeciendo martirio bajo la persecución de Maximiano, y de su solidísimo saber teológico que había alumbrado en los cánones del Concilio de Iliberis, le lleva bien pronto al lado del emperador Constantino, al que induce primero a abrazar la Fe cristiana, inspira luego el edicto de Milán, que abre

la era de la paz para la Iglesia, y se constituye por fin y por voluntad del joven emperador en su ministro de Cultos, cargo en el que por muchos años brilla el tacto exquisito de nuestro Obispo guiando un celo indomable por la pureza y propagación de la Fe.

Su misión providencial culmina desde luego en la lucha y victoria sobre el arrianismo, herejía la más funesta, ya que, por una parte, a diferencia de otras herejías, no solo deformaba y falseaba la creencia, sino que destruía esencialmente el cristianismo, sustituyéndole por un gnosticismo neoplatónico, verdadero racionalismo diríamos hoy, al afirmar que el Verbo, y por tanto Cristo, no es igual al Padre, sino criatura al fin; y por otra parte, a causa precisamente del momento histórico y del cesaropapismo que caracterizó a los emperadores bizantinos, la lucha religiosa suscitada por esta herejía, apasionando a la vez a los eruditos, a los emperadores y cortesanos, enzarza a todas las clases sociales del Imperio haciendo de la cuestión religiosa, cuestión política.

Acierto fué genial de nuestro Obispo Osio sorprender desde el momento en que enviado por Constantino en 324 a Alejandría para apaciguar lo que el emperador creía cuestión verbalista, el radicalismo de la nueva herejía y el fuerte apasionamiento de sus ya numerosos fautores. Y más genial y feliz la iniciativa que propuso al emperador, de acuerdo con el Papa San Silvestre, como lo prueban los legados de éste, de convocar una asamblea de todos los obispos no solo de Oriente, sino de Occidente y aún de más allá de las fronteras del Imperio. Original y hasta entonces nunca vista iniciativa, que gracias a la decidida cooperación de Constantino, Osio tuvo la alegría de ver plasmada en realidad, cuando, en los comienzos del verano de 325, y en el palacio imperial de Nicea, ciudad de Bitinia, en el Asia Menor, y sobre las riberas del lago Ascani, hoy pequeña aldehuela de Laik, pero entonces emporio de civilización por donde cruzaba la vía Egnacia entre Oriente y Occidente, más de trescientos obispos con una multitud de clérigos entre los que se mezclaban personajes seculares, movidos de simple curiosidad, y entre los que se deslizaban, con impaciencia un poquitín burlona, algunos filósofos paganos, se congregaban en la más augusta, vistosa e impresionante asamblea.

Córdoba jamás tendrá figura comparable a la de este su preclaro hijo y egregio Obispo Osio en el momento en que, presidiendo entre los legados del Papa, Vito y Vicente, el primero de los Concilios ecuménicos, que a su iniciativa se debía, se levanta viejo ya de 69 años, pero recio y activo, imponente y frondoso como una encina de nuestra serranía cordobesa; y después de pasear gozoso la vista sobre la asamblea, en la que sus ojos aciertan a distinguir la flor y nata de la cultura y de la santidad cristiana, personificada por hombres que como el propio Osio, ostentaban las cicatrices de las heridas que por confesar a Cristo recibiera de aquellas espadas que ahora los soldados en ademán de respetuoso saludo blandían, allí distingue a Pamucio, obispo de Tebaída, que condenado quince años antes a las minas le habían arrancado el ojo derecho y le habían destrozado una pierna; y a Pablo, el obispo de Neocesárea, con sus dos muñones en lugar de las manos que le fueran abra-

sadas en la persecución; allí ve a aquellos obispos llegados de tan lejos: Ceciliano, de Cartago; Domno, de la Panonia; Nicasio, de Die en las Galias; Teófilo, del país de los godos; Juan, de la Persia...

Es el momento en que la figura de nuestro Osio se agiganta: frente a él el heresiarca Arrio, de alta estatura y simpático aspecto, elocuente y frondoso orador, de talento no sólido pero sí brillante, defiende en sucesivas enconadas discusiones sus sofismas con arrebatadora elocuencia que aplaude un buen grupo de obispos. Y Osio que se crece triturando, con abrumadora e irrefragable dialéctica uno a uno y todos los hábiles argumentos de la sutil herejía.

Por uno y otro bando se suceden las propuestas de fórmulas variadas para expresar las relaciones del Hijo con el Padre en la vida de la Trinidad. A veces, toda la diferencia y la discusión llega a ser sobre una sola letra, sobre una *i*; pero letra que tergiversaba todo el contenido de la Revelación, toda la inspiración de la cultura cristiana. Por fin, el genio y la influencia de Osio dirime la cuestión al proponer, defender y demostrar categóricamente esta fórmula, que aceptada por trescientos de los trescientos dieciocho obispos del Concilio, ya para siempre resonará bajo las bóvedas de todos los templos cristianos hasta la consumación de los siglos: "Creo en un Señor Jesucristo, Hijo de Dios Unigénito y nacido del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no hecho, CONSUS-TANCIAL al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas".

He aquí la Obra de Osio: lo declara terminantemente testigo de la mayor excepción, San Atanasio, presente al Concilio, cuando dice refiriéndose a nuestro Obispo: "éste compuso la fórmula de la Fe de Nicea". Fórmula que no es sino la expresión más exactamente teológica de la afirmación que hiciera Cristo en el Evangelio: "El Padre y Yo somos una misma cosa".

El tiempo nos veda seguir ahora la odisea que por defender frente a los embrollos e intrigas de los arrianos, sostenidos por los altos poderes del Imperio, la fórmula de Nicea y a su campeón San Atanasio, hubo de sufrir Osio durante los 27 últimos años de su vida. Por defender al ya Patriarca de Alejandría, San Atanasio, vuelve a salir Osio de su sede de Córdoba, a cuyo gobierno habíase retirado en los últimos años de Constantino y acude en 347 a presidir el Concilio de Sárdica, donde hace un derroche de habilidad y de tacto para procurar la paz de la Iglesia, sin acceder a la condenación del inocente Patriarca de Alejandría.

Desgraciadamente la política de Constancio hizo ya inútiles los esfuerzos de Osio; y éste de nuevo en Córdoba, donde había reunido un Concilio provincial para ajustar la disciplina de la Iglesia española a los cánones de Nicea y Sárdica, hubo de dirigir al emperador, empeñado en hacerle condenar la conducta de San Atanasio, aquella famosísima carta de la que Tallemont, citado por Villar, escribe que "nada hay tan grande, tan sabio, tan generoso, en una palabra tan EPISCOPAL como esta carta". A ella pertenece el siguiente párrafo: "No te metas en las cosas de la Iglesia; ni nos mandes sobre puntos en que debes ser ins-

truido por nosotros. Volver al César, dice Dios, lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Por tanto ni a nosotros nos es lícito tener imperio en la tierra, ni tú, que eres emperador, gozas de potestad en las cosas sagradas”.

Fácil es imaginar el efecto que esta carta hubo de producir en el ánimo del emperador; la herida que las viriles palabras de Osio abrían en la vanidad de Constancio, fué enconada por los hábiles manejos de los arrianos: depuesto tenían ya a San Atanasio y al propio Papa Liberio reducido a prisión y destierro; más todo esto nada les parece mientras enfrente tengan la figura decisiva de Osio; y así le escriben a Constancio: “La sola autoridad de Osio puede levantar el mundo contra nosotros: es el Príncipe de los Concilios; cuanto él dice, se oye y acata en todas partes...”

Y para acallar el oráculo de la verdad católica, Constancio condena al destierro a Osio más que centenario, quien tras un viaje de miles de kilómetros tan difícil en aquella época, queda recluido en Sirmio, hoy Nitroviza, en la Eslavonia, donde por un año es vejado, dos veces azotado, escarnecido... Todo para que “comunicase” con los arrianos. Mas si por un momento, extenuado, cede a las exigencias de éstos, no en materia de fe, sino meramente disciplinar; luego, al instante, se duele, se retracta y así muere en Sirmio, lejos de su querida Córdoba, en medio de enemigos que ni aún después de muerto habían de perdonarle; siendo sus últimas palabras nueva y perentoria condenación del arrianismo.

Sobre sus últimos días Pío XI, el Papa eruditísimo, dijo a los cordobeses que acudieron a la peregrinación Osio en 1925: “No faltará quien diga que en Sirmio palideció el resplandor de esta estrella, pero fué solamente una sombra falsa, porque los herejes quisieron atraérselo, pero no lo consiguieron y de nada les sirvió en aquella ocasión el apoyo de los altos poderes”.

Para terminar, una pregunta: ¿Ha pagado Córdoba, ha saldado España la deuda de gratitud, que nace estremecida, hacia aquel venerable Obispo que tan alto puso el nombre de nuestra patria y de nuestra Iglesia cordobesa, defendiendo íntegro para nosotros el depósito de la Revelación: la plenitud de Dios en la persona de Cristo? El actual sucesor de Osio nos convoca a saldar esa deuda compareciendo colectivamente en peregrinación ante la Sede Romana, de cuyos derechos fué Osio en Nicea y en Sárdica campeón indomable y oráculo indiscutible.

J. J. R.

## OSIO DE CORDOBA, PRINCIPE DE LOS CONCILIOS Y CONSEJERO IMPERIAL

*Por José M.<sup>a</sup> Rey Díaz*

Cronista de la Ciudad

Que el gran Obispo nació hacia el año 256 y murió en Sirmio en el 357, son datos aseverados por críticos e historiadores, al hacer cálculos sobre su larga vida, más que centenaria; así como, en cuanto al lugar de su nacimiento han señalado a Córdoba para hacerlo natural de ella, la mayoría de los autores que sobre él han escrito en España. Desde tiempos remotos, se viene teniendo a Osio por cordobés; por obispo de Córdoba, y, hasta por fundador de la vida eremítica, en los alcórcos de nuestra sierra. En el calendario litúrgico de los griegos, en el que aparece catalogado como santo, consta que Osio hizo vida de anacoreta y que en ella acreditó virtud y santidad y se distinguió por su ascetismo.

Quienes estudiaron modernamente esta figura insigne de la Historia eclesiástica, señalan el año 294, como fecha en que Osio, ante las pruebas dadas de prudencia, cultura y celo por la gloria de Dios, fué elegido Pastor de la sede cordubense, silla episcopal antiquísima, entonces metropolitana de la Bética. Dos cualidades insignes: cordobés y prelado de sus compatriotas.

Además, se ha identificado a este sacerdote, a este destacado jerarca de la Iglesia, como asistente a varios Concilios: primero el Iliberitano, el más antiguo de España y uno de los más antiguos del mundo, en cuyas actas aparece la firma de Osio en undécimo lugar, y donde adquirió ya fama de teólogo; más tarde —en el 311— al de Arlés, del que fué presidente, según se cree; luego, como legado del Papa al de Nicea, en el año 325, restituyéndose después a su silla de Córdoba. Por fin, y también en representación del Pontífice, consta que presidió el de Sárdica (Sofía) y, aún más: parece que también, al retorno de este último, y por fuerza de las circunstancias reunió Osio un nuevo sínodo, convocado en nuestra ciudad, para recibir y aprobar los decretos del de Sárdica.

Sabida es, la posición de firmeza en que estuvo siempre el excelso cordobés en estas Asambleas; su relevante personalidad; su fe inque-

brantable; confesada en el martirio que sufrió en la plaza del Senado en Córdoba; su prudencia y virtud merecedoras de delegaciones papales; su extensa fama como firmante de los decretos conciliares en nombre del Romano Pontífice, y no puede extrañar que todo ello unido, le valiera la confianza de los Emperadores, como había disfrutado de la de los Papas. Teólogo prudente Osio, ¿a quién mejor que a él podía acudir el César para consultar las arduas cuestiones que entonces preocupaban en la Corte Imperial?

Cuando apareció a los ojos de Constantino recortada en el azul del cielo la cruz luminosa ilustrada con la leyenda "Con este signo vencerás", conmoviendo el ánimo del Emperador e inclinándolo a salir de su paganía para hacerse cristiano, fué preciso llamar a Roma sacerdotes de Cristo que explicaran este misterioso hecho al hijo de Santa Elena. Osio allí estuvo y representó, según se ha dicho, importante papel.

En el manuscrito, tan conocido, del jesuíta García de Morales, "Historia de Córdoba" que atesora el Ayuntamiento de la ciudad, se da otro origen a la llamada de Osio a los consejos imperiales. Dice allí que en los años de Cristo de 310 y 311, se levantó contra Osio una segunda persecución cruel. Su amistad con Ceciliano, obispo de Cartago le proporcionó la aversión y el odio de los herejes que lo complicaron injustamente y sin pruebas, en la entrega de libros católicos a los gentiles, y el escándalo subió a tal punto, que Constantino hizo comparecer ante su trono a muchos obispos de Africa y de España, herejes y católicos mezclados, y entre ellos al prelado cordubense. Este tomó a su cargo la defensa de los demás ante la faz del Emperador; y, lo hizo "con tal elocuencia y dando tales y tan grandes muestras de prudencia y de capacidad, que Constantino se aficionó a Osio y lo tomó por miembro de su Consejo Supremo".

A los dos años, aparece Osio disfrutando de la privanza imperial, nos dice el Padre Pueyo en su libro "Hacia la glorificación de Osio", y agrega, que, son perfectamente conocidos los resultados de la amistad e influencia del cordobés obispo, sobre el regio ánimo del Emperador... "tanto para su propia formación cristiana, como para la mudanza, que por su medio, había de experimentar el mundo pagano"...

La crítica ha discutido mucho la presencia de Osio en Roma y su influencia en la voluntad de Constantino como también en la de su madre la emperatriz descubridora del santo madero de la Cruz, pero parece estar fuera de duda, que cuando a partir del año 312, se opera en el ánimo imperial el decisivo cambio de creencias, en su palacio vivía Osio que le asistía ya con sus opiniones y consejos. El Padre Pueyo, que estudió a fondo estas cuestiones, sostiene, que, a pesar de lo poco que se sabe del papel preponderante del obispo de Córdoba en la Corte constantiniana, se sabe lo suficiente para atribuirle gran parte del mérito de los continuos y persistentes actos del Emperador a favor de la Iglesia católica y de la religión cristiana. Donaciones con mano pródiga a los Papas; inspiración de no pocas leyes, durante la década primera de libertad de los creyentes en la verdad única, tras del Edicto de Paz; contenido salvador del propio documento promulgado en Milán, en el

año 313 por Licinio de Oriente y Constantino de Occidente, escrito de gran transcendencia, código de leyes, sin duda inspiradas por el cordobés consejero permanente del César, que reconocieron capacidad jurídica y económica al Cuerpo cristiano, hasta entonces tolerada y desde entonces protegida oficialmente. El Edicto de Milán fué dado, después de largas conversaciones entre Osio y Constantino, que cualquiera podrá evocar viendo la escena plasmada en bronce por el escultor Coullaut Valera, en el frente del taurobolio en que Osio se alza en nuestra plazuela de Capuchinas.

Son no pocas las pruebas que se esgrimen para acreditar cómo y hasta qué punto Constantino se movía bajo la asistencia de Osio y por él influido. El Emperador manda repartir limosnas a Ceciliano, pero condiciona su distribución a que Osio sea quien la haga. Era bárbaro estigma la esclavitud, negra mancha en la sociedad romana, y el santo consejero, que tanto había luchado contra ella, es quien consigue del Emperador, en el año 323, la promulgación del decreto sobre manumisión de esclavos. Otra muestra más: Cuando ciertos herejes —los donatistas—, son condenados en la reunión sinodal de Arlés, y el Emperador emprende contra ellos riguroso castigo, es Osio quien con su influencia intercede y mitiga las penas decretadas. Y, cuando para resolver las disputas entre Arrio y Alejandro, Osio es enviado a Alejandría, en el año 324, al sentir que fracasaba como mediador, concibe la idea de celebrar la reunión ecuménica de Nicea en el año siguiente, de la que había de salir definida, nada menos que la divinidad de Jesucristo.

En esto está el remate de la gloria de Osio: en la fórmula nicena, por él concebida, sin duda por inspiración divina, palabra precisa, tan justa, tan clara, tan incommovible que no ha bastado el paso de diez y seis siglos para modificarla.

El orgullo legítimo de los paisanos de Osio aún de los más fríos en materia de fe, es poder decir a los demás siempre que de Osio se habla, siempre que nos detenemos para mostrar su figura venerable de anciano más que centenario, traducida en piedra noble en la estatua de la plazuela de Capuchinas: ¡He aquí, un cordobés de gloria perdurable. Fué confesor de Cristo en el martirio, que aquí mismo sufrió, con San Zoilo, amarrados sucesivamente al recio trozo de fuste romano que en este paraje conocieron nuestros abuelos con el nombre de Mármol de los Bañuelos! ¡He aquí al hombre influyente en el Palacio Imperial de Constantino el Grande! Pero... lo que es más aún: Con palabras de este cordobés, rezan cada día, desde hace mil seiscientos años, todos los sacerdotes del Orbe, el Credo de la Misa...

J. M.<sup>a</sup> R. D.

## OSIO DE CORDOBA, EN EL XVI CENTENARIO DE SU MUERTE

---

*Por Fray Mariano de Sanlúcar, o. f. m. cap.*

Córdoba, ciudad de gran historial civil y religioso, ha comenzado a celebrar el centenario de la muerte de uno de sus más preclaros hijos y héroe del cristianismo, el gran Osio, "campeón de la Iglesia", como lo ha llamado últimamente Pío XII. El Obispo actual de la sede cordobesa, Fray Albino González y Menéndez-Reigada, no ha querido que este año centenario de su glorioso predecesor pase desapercibido. Ha organizado diversos actos, con el fin de que esta figura excelsa de la historia eclesiástica y española sea más conocida y venerada. En una pastoral que, con este motivo, ha dirigido a sus diocesanos, dice lo siguiente: "En cuanto a Osio, hoy se sabe ya cuanto se puede saber, pues datos nuevos de su vida no es nada probable que aparezcan. Lo que hace falta es que se extienda por todas partes el conocimiento de su santidad y grandeza. En España sobre todo, y principalísimamente en Córdoba, hay que darle a conocer al pueblo no sólo como gloria patria, sino también como santo que imitar, como héroe que admirar, como carácter indomable y recio, hasta ser dos veces azotado y martirizado".

Osio, es cierto, no es conocido lo suficiente ni en España ni en el mundo católico. Se tienen ideas de él, pero nada más. Este obispo de Córdoba que pasó su vida luchando por la ortodoxia de la fe de Cristo, fué, al final de su vida, víctima de los herejes, enemigos de su fama, autoridad y de su fe, quienes para conseguir sus intentos proselitistas no dudaron en propalar calumnias injuriosas contra este venerable anciano, logrando con ellas que no fuera inscrito en los catálogos antiguos de santos españoles, como se había merecido por su maravillosa constancia en la defensa de la fe cristiana.

No es de extrañar, por tanto, la falta de noticias completas de su vida. En trazos solamente la conocemos. Después de su muerte ningún historiador se preocupó de ello. Su gran amigo y admirador, San Atanasio de Alejandría, víctima también del engaño, prefirió callar. Los historiadores de la época nos hablan de él sucintamente, y esto sola-



mente cuando necesariamente han de hacer mención del mismo en los hechos que relatan. Callar entonces sería una verdadera injusticia.

Nos consta que estuvo presente en el Concilio de Elvira, Granada, celebrado a principios del siglo IV. Su firma está estampada en las actas del dicho Concilio. Conocemos que fué el consejero del emperador Constantino, aquel que en el año 313, mediante el Edicto de Milán, terminó con las persecuciones contra los cristianos, permitiéndoles, al mismo tiempo, después de tres siglos de ilegalidad, el libre ejercicio de su culto y restituyéndoles todos los bienes confiscados por sus predecesores. Constantino supo apreciar el valor de este hombre y le retuvo cerca de sí. Sabemos también que, en nombre del Papa, Osio presidió el primer Concilio ecuménico, celebrado en Nicea el año 325 y, que, asimismo, fué el autor del símbolo compuesto en aquella ocasión, que de manera admirable recogía todas las verdades de nuestra fe. Desde esta fecha hasta el año 343, en que se celebra el Concilio de Sárdica, la actual Sofía, capital de Bulgaria, no sabemos nada de él. Según modernos historiadores, durante este lapso de tiempo lo más probable es que se ocupó de la organización del sistema metropolitano en la Iglesia española. Lo cierto es que en aquel último año nuevamente le vemos preocupado en la defensa de la fe sostenida por San Atanasio, que era la promulgada por él en el símbolo de Nicea. Los adversarios de Atanasio se vieron vencidos por los argumentos de Osio y abandonaron el Concilio. No le perdonaron, sin embargo, esta humillación y comenzaron a trabajar en contra del mismo. Tanta era la autoridad del Obispo de Córdoba que aquellos herejes pronto se percataron de la necesidad de atraerse a su bando al ya octogenario, pero impugnable Osio. Inútiles serían todas sus victorias mientras quedase en pie este confesor de Cristo. Dejemos hablar a San Atanasio y que él nos narre todas estas maquinaciones: "Después de tantos y tales crímenes, pensaron los impíos no haber hecho nada mientras no experimentara el gran Osio su maldad. Procuraron, pues, con todo ahinco extender hasta él su furor. Ni les dió vergüenza el ser Osio padre de los obispos, ni les detuvo el haber sido confesor de la fe, ni les hizo sonrojar el tiempo que llevaba en episcopado, que excedía los sesenta años, sino que, apartando los ojos de todo, sólo los fijaron en la herejía, como seres que ni temen a Dios, ni temen al hombre. Acercándose, pues, a Constancio, le dijeron estas palabras: Mucho hemos hecho. Hemos desterrado al obispo de Roma y a bastantes otros antes que él. Hemos esparcido el terror por todas partes; pero de nada nos servirán todas tus hazañas, nada habremos conseguido mientras quede en pie Osio. Estando él entre los suyos, todos permanecerán fieles en sus Iglesias; pues él solo es capaz de concitar a todos con su palabra y con su fe contra nosotros. El suele presidir los sínodos, y cuando escribe es escuchado en el mundo entero. El redactó el símbolo niceno, y ha pregonado por doquiera que los arrianos son herejes. Si, pues, queda él, habrá el destierro de los otros sido inútil. Bien pronto se quitará del medio nuestra herejía. Arremete, pues, contra él. No repares en que es viejo, que nuestra herejía no respeta ni la blancura de las canas". En efecto, se valen de intrigas y se conquistan al emperador para hacer

claudicar al confesor de Cristo y defensor de su fe. Admirable y maravillosa es la carta con la que Osio responde a estas maquinaciones.

Es un documento de los más valiosos que posee la literatura cristiana del siglo IV. Por su gallardía y virilidad no puede leerse sin entusiasmo. Copiamos algunas de sus frases: "Yo confesé a Cristo ya una vez, cuando tu abuelo Maximiano suscitó la persecución. Y si tú me persiguieres, pronto estoy a padecerlo todo, antes que derramar sangre inocente y ser traidor a la verdad. De ningún modo puedo aprobar tu conducta, ni tus escritos, ni tus amenazas... Créeme, Constancio, a mí, que por la edad podía ser tu abuelo... Desiste, pues, y acuérdate que eres mortal. Teme el día del juicio, y consérvate puro para él. No te entrometas en los asuntos eclesiásticos, ni nos mandes sobre puntos en que debes ser instruído por nosotros. A tí te dió Dios el Imperio; a nosotros nos confió la Iglesia. Y así como el que te robase el Imperio se opondría a la ordenación divina, del mismo modo guárdate tú de incurrir en el horrendo crimen de adjudicarte lo que toca a la Iglesia... Por lo tanto, ni a nosotros es lícito tener el imperio de la tierra, ni tú, ¡oh rey!, tienes potestad en las cosas sagradas... Contento, pues, y no te fíes de los hombres perversos, para que no te hagas responsable por la mutua participación de unos con otros; porque de lo que ahora condesciendes con ellos, has de dar cuenta tú solo en el día del juicio".

A pesar de todo y de todas sus protestas de fe y amonestaciones, los herejes consiguieron su intento: conquistaron al emperador e hicieron creer a todos que Osio murió habiendo antes desertado de la fe confesada en Nicea y haberse adherido voluntariamente a las doctrinas de Arrio. Este fué el motivo por el cual Osio rápidamente fué olvidado. Sus contemporáneos, engañados, no lo consideraron como santo, que bien se lo mereció. Incluso sus más allegados creyeron en la calumnia y, si es verdad que cuando escriben de él lo hacen siempre con veneración, al tratar este punto prefieren disimular. No se intentó entonces esclarecer la verdad y de aquí que sus enemigos aprovecharan este silencio para hechar sobre él los más inverosímiles hechos acaecidos en los últimos días de su existencia en la tierra.

Es necesario, por consiguiente, que el venerable obispo de Córdoba, el defensor de la fe promulgada en el Concilio de Nicea, nuestro compatriota Osio, sea reivindicado. Es menester que España y la Iglesia entera haga suya esta causa, consiguiéndose que este hombre, uno de los más grandes que la Iglesia de Cristo tuvo al salir de las catacumbas, sea venerado como santo, a igual que lo es de antiguo en la Iglesia griega.

Fr. M. de S.

## OSIO, ATLETA DE CRISTO

Por F. Navarro Calabuig

La diócesis de Córdoba se dispone en estos momentos a organizar un gran homenaje a Osio, figura estelar del Concilio de Nicea y campeón de la "Iglesia del Silencio" del siglo IV, con motivo del XVI centenario de su muerte.

Osio era varón de prócer estatura, barba larga, frente ancha y ojos negros, soñadores, que brillaban con destellos de gloria y reflejaban su alma de creyente y su corazón sincero de español y ardiente como el sol de Andalucía. Nació en 253 y murió gloriosamente lejos de su patria cordobesa, en Sirmio de Panonia (antiguo territorio austriaco), a los cien años justos, después de una vida centenaria consagrada a la grandeza de la Iglesia y de la patria.

No está claro su origen ni siquiera el de su nombre, aunque su vida aparece fuertemente vinculada a Córdoba, cuya Iglesia rigió con edificante acierto en una época terrible en que luchaban los primeros rayos de luz de la naciente sociedad cristiana con las sombras del paganismo agonizante. Unos dicen que se llamaba Orosio y que en el Concilio de Sárdica se transformó en Osio (del latín *ossius*, es decir, santo, honesto), a causa de la impresión grande de santidad que produjo entre los padres de la Iglesia este excelso prelado, y según otros, es posible que heredara el nombre de alguna de las familias patricias de Córdoba y pudiese buscarse en ese su origen gentilicio el secreto inicial de su extraordinaria influencia en las altas esferas sociales del imperio, pues Osio llegó a ser el catequista, consejero y hombre de confianza del emperador Constantino.

#### CUARTO OBISPO DE CORDOBA

En Córdoba, primera de las colonias patricias romanas donde hubo escuelas públicas, Osio aprendió aquella cultura extraordinaria y aquel dominio soberano de las lenguas que habían de constituirle en árbitro y oráculo de dos civilizaciones, oriental y occidental, en un siglo tan lleno de eminentísimos sabios.

Según algunos historiadores, Osio es el número cuatro en la serie de los obispos cordobeses, después de Severo, Grato y Beroso. La Iglesia de Córdoba es una de las más antiguas de España. Se cree que ya en el período apostólico fué allí predicado el Evangelio, y es probable que, como capital de Andalucía y centro de la vida hispanoromana de la Bética, recibiera la visita de algunos discípulos de Santiago y San Pablo.

Parece ser que en su juventud, Osio practicó la vida eremítica en Egipto, y que luego, ya obispo, la introdujo en España, al fundar las célebres Ermitas de Córdoba. A su celo y solicitud como prelado se debe el ejemplo heroico de la Iglesia cordobesa con San Acisclo y Santa Victoria, patronos de la capital; San Zoilo y sus diez y nueve compañeros de martirio.

#### ALMA DE CONCILIOS

Una de las notas predominantes de la biografía de Osio fué su presencia destacadísima en los concilios eclesiásticos de su época, a partir del de Granada, primero de la Iglesia de Occidente, al que asistió recién consagrado obispo de Córdoba. Pero el hecho radiante de su vida fué haber promovido, iniciado y presidido, en representación del Papa San Silvestre, el Concilio de Nicea, donde el ilustre jerarca cordobés afirmó del modo más solemne y categórico la divinidad de Jesucristo, así como su eternidad y consustancialidad con el Padre, que habían sido negadas por el heresiarca Arrio. Osio es el autor del "Credo" de la misa, leído en aquella magna asamblea —la más trascendental en la historia de la Iglesia— y coreado después por todas las generaciones cristianas.

Nicea representó la victoria de la divinidad de Jesucristo sobre la herejía arriana. Quedaba afirmada y consolidada la sobrenaturalidad de la religión cristiana y abatido el racionalismo de todos los tiempos. El triunfo de la herejía arriana hubiera ocasionado la destrucción del

cristianismo en su calidad de institución social y divina, rebajándola a la categoría del zoroastrismo o de un culto egipcio cualquiera.

#### "IGLESIA DEL SILENCIO" EN EL SIGLO IV

Al Concilio de Nicea asistieron 318 obispos de Europa, Asia y Africa, los cuales, con su mezcla de acentos e idiomas, resaltaban más la unidad de la fe y la comunión en unos mismos sentimientos. También la fortaleza de atletas de Cristo atormentados, pero no abatidos por la fiereza de las persecuciones paganas.

Allí estaban Pafnucio, obispo de Tebalda, que acudió arrastrando una pierna, cuyos músculos habían seccionado los perseguidores, y dirigía a los asistentes la órbita apagada de su ojo vaciado; Pablo de Neocesárea, con su derecha mutilada por el fuego, con la que bendecía, y al mismo Osio, con las cicatrices en el rostro, estigmatizado como estaba con la marca de la confesión después de haber padecido los horribles tormentos de que hacían víctimas a las jerarquías de la Iglesia: les arrancaban el ojo derecho con un botón de fuego y les quemaban los costados con un hierro candente, de forma que quedaban imposibilitados. La emoción era grande y general en el Concilio, cuyos espectadores se apresuraban a besar las huellas de tantas heridas con las que sus víctimas daban testimonio de Cristo.

#### LUZ DE LA CRISTIANDAD

Osio llena con su personalidad todo el siglo IV, que comienza violentamente con la más cruel de las persecuciones imperiales decretada por Diocleciano. Posteriormente hubo tolerancia y protección a la Iglesia por parte de Constantino, y el período termina con la respetuosa y leal colaboración entre la Iglesia y el Estado, representados, respectivamente, en dos españoles: el Papa San Dámaso y el emperador Teodosio.

Aparece Osio en los albores de la gran época constantiniana para ser la figura cumbre caracterizada por el celo de la gloria de Dios, el afán de unidad de la fe católica, la defensa de la Iglesia en el orden espiritual y temporal así como de los sagrados intereses vinculados en la persona del Papa. Fué el mayor prelado de su siglo en letras, en gravedad, en integridad y en elocuencia, y, a causa de la notoriedad de su ciencia y de su virtud, consejero y auxiliar del Emperador y hombre de confianza del Papa.

Como catequista de Constantino contribuyó en gran parte a la for-

mación cristiana de éste, por lo que se debe a Osio en gran manera el mérito de los actos del Emperador en favor de la Iglesia y de la civilización cristiana, en especial del Edicto de Milán de 313, que representa el reconocimiento y la independencia absolutos a la potestad espiritual de la Iglesia en la persona de sus Pontífices. En este momento, Roma cristiana, orando y trabajando sobre las tumbas de los mártires, levanta los más famosos templos de la cristiandad como San Pedro del Vaticano, San Pablo, San Lorenzo extramuros y otros. La Cruz es también la enseña oficial del Imperio.

#### OBLACION MARTIRIAL DE OSIO

Pero la Iglesia fundada sobre la sangre del Redentor y sobre su sacrificio, sabe de nuevos mártires, y éstos se encarnan otra vez en la persona de Osio, que sellaría, al fin, con la oblación martirial de su vida, la fidelidad de una existencia hecha testimonio de Cristo. Nada le arredra, y cuando el Emperador Constancio olvida los ejemplos del pasado, Osio le escribe una carta afirmando con gallarda energía los imprescriptibles derechos de la Iglesia.

Constancio temió que el triunfo de Osio representara también el triunfo del Occidente cristiano sobre el Oriente, en gran parte arriano, y por eso decidió privar a España de aquel obispo que con sus cartas y su ejemplo mantenía en nuestra patria, más que en ninguna otra parte, la fe de Nicea. A mediados de 356, el Emperador mandó salir a Osio de Córdoba hacia Sirmio, y allí, en el destierro, ya centenario, el esclarecido obispo cordobés permaneció durante el último año de su vida, entregado a toda suerte de vejaciones y de violencias, hasta 357. El 27 de agosto de este año murió en brazos de los esbirros que lo azotaban.

#### REIVINDICACION DE UN GIGANTE DE LA IGLESIA

Los sirios le veneran como santo y los griegos tienen iglesias dedicadas a Osio, mientras que en Occidente o se le desconoce o —víctima de las calumnias de los arrianos, que se vengaron de su enemigo arrojando sombras sobre su memoria— se le ha creído lamentablemente un apóstata. Lo cierto es que la crítica histórica más rigurosa no ha encontrado hechos que evidenciaran la veracidad de estas graves acusaciones. Ahora, con la conmemoración del XVI centenario de la muerte de Osio, se presenta una magnífica ocasión para reivindicar la figura y la memoria de este gigante de la historia de la Iglesia y de España.

F. N. C.

## SAN OSIO, «LUZ DE LOS CONCILIOS»

Por Diego Plata

“Querido director: Usted ya sabe, porque lo hemos comentado muchas veces, que España tiene eso que los toreros llaman “mala prensa”. Es decir, que se habla poco y mal de ella por ahí afuera. De ella y de sus hombres, incluso de los que están, según todas las probabilidades, a la diestra del Señor. Si se hace alguna excepción es a favor de los que están exactamente “a la siniestra” del Señor, o así nos parece a los simples mortales. Y unas veces porque tienen razón, porque los de la siniestra pintan como los ángeles o tocan el “cello” como los querubines, y otras porque le niegan sectariamente el pan y la sal (y algo más) a los de la diestra, aunque sean tan buenos como los otros, el caso es que los definidores de la fama internacional han establecido una relación entre la política y el talento cuando se trata de España. Porque cuando se trata de ellos, ¡caramba! Se muere Claudel, y ya vió usted: duelo nacional e internacional por las dos bandas.

Esta mala prensa alcanza, como le digo, a los bienaventurados. Se salva nuestra Madre Teresa de Jesús, pero ha estado a punto de pasarle lo que a la batalla de Garellano, que, después de estar clavada en el corazón de la Infantería francesa durante cuatro siglos y medio como una derrota, de repente nos la escamotean, y ya no hay para Francia más batalla de Garellano que la que ellos ganaron a unas divisiones alemanas en retirada, protegidas por un puñado de bravos tudescos desde las ruinas de Montecasino. Menos mal que Santa Teresa es mucha Santa Teresa, pero ha faltado el canto de un duro (de papel) para que nos la hicieran el “pase magnético” y nos encontráramos con que la verdadera Santa Teresa ni era de Avila (ni de Gotarendurra), sino de un “chef-lieu” de la Normandía.

También, director, también en las cosas del cielo tenemos mala prensa y una incapacidad casi genial para la contrapropaganda. A mí en eso me gustaría ser francés. ¡De verdad! Porque hace falta echarle gracia (y en gran parte gracia de Dios) al asunto para anular la sentencia de un tribunal eclesiástico que declaraba hereje y relapsa a Juana de Arco y convertirla en Santa. Me gustaría tener la pajolera labia de nuestros vecinos para ayudar al santo obispo de Córdoba fray Albino González y Menéndez-Reigada —dominico asturiano y sabio filósofo— a postular la causa de la beatificación de su glorioso antecesor Osio.

Porque éste sí que es un caso de mala prensa, sostenido y no enmendado. Osio, a quien Menéndez Pelayo llamó "varón el más insigne que España produjo desde Séneca a San Isidoro" (que ya van siglos), y a quien el padre Flórez llama "el hombre mayor que en su línea ha producido España, uno de los más agigantados del mundo, milagro de su siglo, famoso en el Orbe"; Osio, terror de los herejes (si quiere usted, empleo el conocido cliché de "martillo de herejes"), es un personaje desconocido para el mundo vulgar y para la inmensa mayoría de los españoles, incluyendo a muchos universitarios.

Alfonso Sánchez les hubiera hecho picar en su "¿Está usted seguro?" porque le hubieran tomado por un metal nuevo: el "osio". Pues bien: el obispo cordobés, "luz de los concilios", debiera estar en los altares según lo que a mi insignificancia en la materia se le alcanza, pero también según lo que se le alcanza a la preclara inteligencia de fray Albino. Osio convirtió a Constantino el Grande. Estaba detrás de la silla del Emperador cuando se escribió el Edicto de Milán, por el que Roma capitulaba ante Cristo después de tres siglos largos de persecuciones. Osio redactó el Credo de Nicea, el símbolo de la fe. Nada más. A ver quién le presenta al cristianismo una tarjeta con más títulos. Por añadidura, fué martirizado por Constancio y murió a los ciento tres años, no sin dirigirle al Emperador una carta, "la más digna, valiente y severa que un sacerdote ha dirigido a un Monarca", lo cual le valió nuevos tormentos. Toda la defensa de la Iglesia durante la lucha contra el arrianismo tiene como más firme baluarte a Osio.

Por el sistema del libelo —tan querido de los enemigos de España—, Osio fué difamado por unos luciferinos portugueses, que le atribuyeron apostasía, dolido por los tormentos. Este libelo, como todas las calumnias, hizo buen camino y ha cerrado durante mil seiscientos años el paso de Osio hacia la veneración pública de los fieles. Un movimiento acaudillado por el actual obispo de Córdoba se ha iniciado. De él forma parte una peregrinación a Roma. La crítica histórica hace tiempo que ha pulverizado la argumentación, basada en documentos falsos, contra el gran Osio. Ahora se pide que, reconocida esa falsedad, el hombre que redactó el símbolo de la fe que repiten millones y millones de sacerdotes todos los días hace dieciséis siglos en la misa, sea reconocido oficialmente como bienaventurado.

A ver si hay suerte. Yo creo que sí. Y luego pondremos en claro, si se nos permite, y con ayuda del santo prelado que le ha sucedido, qué es lo que pasa en el santoral con otro español que redactó la otra oración clave hecha por los hombres (el Padre Nuestro fué hecho por Cristo, y el Ave María, por los ángeles). Hablo de San Pedro Menzonzo, redactor de la antifona "Salve Regina Mater", gallego de Sobrado de los Monjes, obispo de Compostela. ¡Lo que a mí me gustaría saber la Salve en gallego! Debe de sonar a Cantiga de Alfonso el Sabio.

¿Cree usted que me he metido en un lío de esos en que de vez en cuando me meto? Pues ayúdeme a salir, con el auxilio de los dos santos españoles que tienen mala prensa. Y a mandar.

D. P.



## T E S T I G O

---

*Atibano Soto, O. S. A.*

Si Nicea supo de la luz vertida  
 en tu verbo claro, noble cordobés,  
 Sirmio es un testigo de mayor hazaña;  
 tu virtud de Sirmio es gesta de ciprés.

Tus cabellos blancos —delirante espuma  
 sobre el agua honda de tu intacta fe—  
 dulces se doblaron a la edad. La duda  
 nunca entre tus sienas supo hacerse pie.

Yo soy el testigo de tus confesiones;  
 mi alma el testigo; yo quiero saber  
 dónde se ha escondido la cruel calumnia  
 que ha puesto ahora en tablas cien años de fe.

\* \* \*

Osio de Córdoba, vuelve  
 sobre el caballo cansado  
 del tiempo y de los caminos,  
 y enciéndete como un faro  
 sobre estos hombres sin tino.

Blancos como una poesía  
 la más bella tus cabellos,  
 me pareció que eran ellos  
 la firma de tu valor;  
 por eso, sobre el azul  
 de tu Córdoba serena,  
 yo te lo digo, andaluz,  
 vuelve jinete a la tierra;  
 y, mientras Dios y el Quijote  
 nos salvan por su piedad,  
 haznos saber a los hombres  
 que Cristo-Dios es verdad.

Tu palabra estremecida  
de tanto Dios puesto en ella  
dará el calor de la vida  
a un corazón que se seca,  
y volverá a amanecer  
el sol con sus albos radios  
en el cielo cordobés  
y en el rincón desolado  
de cualquier alma sin fe.

Dicen los hombres del barro  
—de Jesús, el Redentor,  
que se vistió un saco de hombre,  
que vivió en una guarida,  
que murió en un palo alzado  
como un ladrón, como un pobre—  
dicen los hombres del barro  
del Salvador de la vida,  
que jugaba a separarse  
de Dios y, al final, cayó.  
Nosotros somos la broma,  
esta broma de un Buen Dios...

Es la soberbia del hombre,  
apóstata en su oración,  
que prefiere ser ladrón  
antes que saberse pobre!...

El tiempo existe; la nada;  
todo existe; sólo Dios  
no cabe en una oración,  
ni tiene escaño en las gradas  
de este mundo, donde el hombre,  
al final, resulta un pobre  
que pide limosna al paso  
de las gentes alocadas.  
Vengue tu piedad tamaño  
desafío al sacro cielo,  
y queme tu aliento eterno  
en estos pechos de palo.  
Vuelvan los ángeles nobles  
con tu mensaje de hermano.  
Vuelve rizon Centenario  
con tu valor de Quijote,  
con tu nobleza de hispano  
a estos hombres que se ríen  
de lo humilde y de lo santo,  
que miran cómo los monos

tiran sus cocos abajo,  
 que se retiran de Dios  
 a sus islotes de barro!  
 Detén su ensayo rabioso.  
 Que no les llegue un destino  
 fatal, cuando tan hermoso  
 —Dios, Cielo, Patria y Amor—  
 es tu mensaje divino  
 cercado de resplandor.

Osio, Quijote andaluz,  
 vuelva tu aliento encantado,  
 vuelva el candor de tu luz.  
 Salte en el pecho del mundo,  
 abierto contra las peñas  
 del orgullo y la pasión,  
 una nota de aire puro  
 y una gota de calor.  
 Gota blanca de rocío,  
 gota de bálsamo azul,  
 métete en este vacío  
 inmenso del corazón,  
 como se metió la Cruz  
 estremecida de unción  
 en la cumbre del Calvario.  
 —El corazón es la cumbre  
 de los hombres solitarios—  
 De tus labios verdaderos,  
 Oráculo de Nicea,  
 espero yo la palabra  
 que haga del mundo una tea  
 iluminando la vida,  
 y que, echado de rodillas  
 el mundo como un carbón,  
 lllore del polvo sal y agua,  
 y el barro mirando al sol  
 sepa su Dios y su nada.

Entonces habrás venido,  
 Osio, Quijote divino,  
 sobre este montón etéreo  
 de querer solamente,  
 sobre un mar de insatisfechos,  
 sobre un alma que se muere.  
 Y cuando el ara del mundo  
 queme el aliento purísimo  
 de tu palabra secreta  
 y de tu verbo divino,

se oirá una voz que perdone  
 y otra que calle los ruidos  
 del corazón de los hombres.  
 Entonces veré que Dios  
 se aplaca y que coge un cirio  
 cualquier hombre de mi tiempo,  
 y que, al lado de la estrella  
 alta y lejana, sin miedo  
 canta el milenarío Símbolo  
 de la fe que tú dijiste  
 en una alborada bella  
 para siempre. Osio, jinete  
 que tantas batallas diste  
 en el nombre del Dios-Hijo,  
 ven de nuevo con la antorcha  
 en tu mano de testigo.

Como cae del azul  
 de un cielo claro la nota  
 de música adivinada,  
 así caerán gota a gota  
 tus palabras en el alma  
 de este mundo endormecido:  
 Osio, Quijote y Anciano,  
 que fuiste de Dios cien años,  
 por los caminos de bronce  
 y por los caminos blancos  
 del Oriente y de la Hesperia,  
 la dura espada romana  
 rota en batallas de fe  
 gloriosamente. Trenzada  
 a tus cabellos se ve  
 fulgurante. Ya los campos  
 se mueven, ya los naranjos,  
 los vientos, a tu presencia  
 que pisa el polvo dormido  
 de cada palmo rebelde  
 —de mar, de cielo o de tierra—  
 con ternura y con firmeza,  
 y encuentra en cada chiquillo  
 de la calle una promesa  
 engendada en la grandeza  
 fecunda de un estribillo  
 al Dios Trino y Sempiterno.

Osio, genial cordobés,  
 que eres la espuma que queda  
 encima, sobre mis pies,

flotando sobre la arena  
 de la duda y del engaño!...:  
 mientras un crudo silencio  
 atardece en el ocaso  
 de la fe en el Gran Misterio,  
 tú, palmera solitaria,  
 descubres el filo blanco  
 de tu verdad y entereza;  
 y este mundo de infortunio  
 con miedo a tu fe desnuda  
 se va arrancando la hierba  
 de su dogmática impura:  
 porque descubres tu espada,  
 la espada de tu palabra,  
 y porque tu aliento es puro,  
 Osio, testigo en el mundo.

Y, pues son puros tus labios,  
 yo te confieso —tu España,  
 dulce Iberia coronada  
 de malvas y de naranjos,  
 de tierra caliente y calma  
 de cielo dormido y alto—.  
 Por tus cabellos de plata  
 corre un perfume lejano,  
 y una estrella en tu sandalia  
 se posa, mientras tu brazo  
 desnudo, español y largo  
 traza en la nube extasiada  
 un misterioso triángulo,  
 y tu boca que cantaba  
 como un divino canario  
 dobla un acento de gracia  
 infinita en el ocaso  
 enfrente la tarde casta  
 como la flor del naranjo.

Osio, tú colmas la tierra  
 de oración y de recuerdo,  
 mientras la ingrata cadena  
 del olvido y del recelo  
 —este pudor insincero  
 hacia la pura verdad—  
 se deshace en crisantemos  
 que entierran la falsedad  
 de un mundo inclemente y bello.  
 Llenas los ámbitos claros  
 —el mar, el aire y la tierra—

de tu aliento poderoso,  
 y, mientras cara al misterio  
 arcano de la deidad,  
 como un barquillero loco  
 titila una dulce estrella,  
 y se oyen en el trascielo,  
 sobre los tristes despojos  
 de unos vapores de tierra,  
 las canciones eternas  
 del Símbolo de Nicea,  
 tu mano blanca y serena  
 pulsa una cítara de oro.

Córdoba azul y Nicea,  
 Castilla y España entera...

Ya no pueden sustentar  
 la tensión de tu palabra  
 milenaria de cristal,  
 y rompen —la flor y el aire,  
 el polvo y la ola del mar,  
 temblando— en tu antigua fe  
 en la Santa Trinidad...

A. S.

---

## PARIDORA DE COLOSOS

---

*Por Francisco González Álvarez de Luna*  
 (Natural de Sevilla, premio "Sánchez  
 Bedoya", de la Real Academia Sevi-  
 llana de Buenas Letras, y otros pre-  
 mios).

Córdoba, la recatada,  
 la del vivir hondo y fino,  
 la de las calles austeras  
 y los patios florecidos,  
 la encantada y la que encanta,  
 la que sueña y la que hizo,  
 nimbada estás de una gloria,

de tan deslumbrante brillo,  
 que se tomara por fábula  
 de los áureos tiempos míticos  
 si las reliquias que aún guardas  
 de tus abuelos asirios,  
 y el puente que con sus ojos  
 tu esplendor romano ha visto,  
 amén del grandioso templo,  
 del genio árabe símbolo  
 de tu insólita grandeza  
 no fueran buenos testigos.

Córdoba, flor milenaria  
 de perfume no extinguido,  
 mitad poema oriental,  
 mitad romance castizo,  
 que sin olvidar tu ayer  
 forjas tu nuevo destino,  
 ¿qué oculta virtud, no ajada  
 por el paso de los siglos,  
 imprime un carácter único  
 a tus cosas y a tus hijos?

¡Privilegio singular,  
 parcamente concedido  
 a los artistas geniales  
 y a los pueblos elegidos!

¡Tú tienes perfil señero,  
 propia vida, propio estilo!

Paridora de colosos  
 de ecuménicos destinos;  
 faro de ciencia y de arte,  
 que alumbraste al mundo antiguo  
 con fulgores tan potentes  
 que aún se vislumbran sus visos;  
 fuente sin pausa ni prisa,  
 tierra del recio heroísmo,  
 del gesto viril y sobrio,  
 fiel a tu estóico signo.

Si a veces cantas o ríes,  
 o te alegra tu impar vino;  
 si algún día estás de fiestas,  
 o aparentas regocijo,  
 siempre en tus gozos se atisba  
 un patético lirismo,

un no se qué grande y trágico  
que tiene a raya lo frívolo.

Tu rostro, sin ser adusto,  
es siempre sereno y digno,  
y aún al sonreír conserva  
un rictus triste y altivo.

\* \* \*

Síntesis esplendorosa  
de virtudes cordobesas,  
pilar de los más robustos  
en que tu patria se asienta,  
parigual de los titanes  
que forjaron su grandeza,  
de los que con altos hechos  
le ganaron gloria eterna,  
¡eso eres tú, oh gran Osio,  
cordobés de pura cepa!

Lucano del verso heroico  
de tu vida, toda entrega;  
Séneca de la ortodoxia  
contra heréticas tinieblas;  
Gran Capitán de la hueste  
que por Cristo alzó bandera,  
humillando la de Arrio  
con el triunfo de Nicea;  
lidiador, a lo divino,  
de la heterodoxia fiera,  
con el celo por capote,  
la constancia por muleta,  
y por espada el Concilio  
que al monstruo de muerte hiriera.

Un imperio conquistaste,  
pues al que era su cabeza  
lo ganaste para Cristo,  
ensanchando así su Iglesia.

¡Buen combate tu vivir!  
Si en tu carne crueles huellas  
dejó la lucha, tu espíritu  
no deformaron violencias.

Lidiaste, sí, a lo divino,



mas con el brío y destreza  
que en su lidiar a lo humano  
tus conterráneos demuestran.

Con el valor de un Gonzalo,  
capitán a las derechas,  
el garbo de un romancillo  
de Góngora o Juan de Mena,  
y la gallardía de un lance  
de un torero de tu tierra.

Que al fin, toda lidia noble,  
con espada o con esteva,  
con pincel, palabra o pluma  
al lidiador da nobleza,  
¡y tierra de lidiadores  
es la tierra cordobesa!

\* \* \*

No importa que en el destierro,  
como una flor arrancada  
de su jardín, se extinguiera  
tu vida, y allí quedaras.

No te ha olvidado la Historia,  
tu memoria es venerada,  
tu pueblo, tras tántos siglos  
de tu fin, aún te honra y canta,  
las centurias, lejanía  
que a tántos grandes abaja,  
parece que tu figura  
más cada siglo agigantan.

Como el sol, que al ocultarse  
deja una estela irisada;  
como el árbol que da fruto  
hasta consumir su savia;  
como un lirio inmarchitable,  
de celestiales fragancias,  
así tú, Osio de Córdoba,  
sigues dándole a tu patria,  
para su esplendor, tu lumbre,  
para ejemplo tu constancia,  
para aroma tus virtudes,  
tu nombre para su fama.

¡Córdoba, madre fecunda,  
 de inagotables entrañas,  
 paridora de colosos  
 de universal resonancia,  
 justo es que cantes a hijos  
 que tanta gloria te alcanzan!

F. G. A. de L.

---

O S I O

---

*Por Vicente Orti Belmonte*

Siglo cuarto, concilios, discusiones.  
 Constantino convoca el de Nicea,  
 y en palacios, tugurios y reuniones  
 de la Imperial Bizancio, *árria* pelea.

Dos tesis encontradas, ambiciones.  
 Es Osio, quien preside la asamblea.  
 Dálmaticas, capuchas y sermones;  
 brilla el lábaro, Cruz de Galilea.

Prelados muy tullidos por martirios  
 entran rezando, palidez de cirios.  
 Habla Arrio y anatema al fin se grita,  
 y del Mundo la Fé, que queda escrita,  
 Osio la dicta ungido y fervoroso:  
 "Creo en Dios Padre, todo Poderoso".

V. O. B.

## CANTO AL ANGEL DE NICEA

Cantó un Angel y escribió su vida...

Por Fray Silvino Pérez

(Del Real Monasterio de El Escorial).

### I

Quiero cantarte a tí, para que me oigas  
Como un leve rumor, muy suavemente;  
Y, en las notas de luz o de nostalgia,  
Vengas a mí intocado prontamente.

Quiero que tengas por tus ojos, lirios,  
Un romance andaluz o castellano,  
Para hablar del misterio de tu espíritu  
En el leve rumor del joven sándalo.

Quiero cantarte, sí, quiero cantarte  
A ver si así mi lira no dormita  
Y, a orillas de una playa, bebe lunas  
De palabras, de amor, de luz bendita!...

Quiero cantarte, sí, quiero entonarte  
Un himno que recuerde tu armonía  
Y tu voz, al oírle, conmovido,  
Nos diga desde el cielo: Aquí la Vida!...

### II

Cómo era, Amor? Cómo era su mirada,  
Estrellas, que le visteis al miraros?  
Cómo su labios, nieve, que una tarde  
No se cansaron, ¡Niños!, de besaros?

Y su frente cómo era, Mediodía?  
Y su andar, campos verdes, cómo era?  
Cómo su sangre cordobesa, Aurora,  
Cuando su alma tenía primavera?

Y sus manos ancianas, ¡Pordioseros!,  
Oh, no sabéis vosotros cómo eran?  
Eran azules, rosas, cristalinas?  
Y su cuerpo y espíritu cómo era?

Hablad vosotros, cordobeses, todos,  
Que le visteis miraros y deciros.  
...Oh muertos, que le oísteis, levantaros!!!

### I I I

*España:*

El tenía mi voz y hablaba a las estrellas  
Con un tono de luz que hacía sonreirlas...  
Se extasiaba de amor en la tarde dorada  
Y el cuerpo al alma, gracia, amor, se le rendía.  
Llevaba en sus labios balcones de alegría,  
Que eran trinos de cielo, aurora de armonía...

Siempre tenía a punto el tacto de la risa.  
Nunca manchó mi sangre! Hizo del manto blanco,  
En las manos del pobre, una estrella y divisa.  
Brilló como un lucero al beso de una ola;  
Y tenía en su boca el verbo de la Estola...

Murió una tarde blanca rendido de fatiga  
Formando con sus labios amor para su España.  
La agonía le abrió de par en par el alma;  
Y el alba halló su cuerpo alado de rodillas.  
Llevó por los senderos sangre de mi Historia;  
Y, al vencer en Nicea, alzó su voz: Victoria!

Yo le quise y le hablé junto a mi vida virgen  
Y en sus ansias le dí mi espíritu y mi ser.  
Gravé en el tiempo: España!; en mí su nombre: Osio!  
Y él se murió una tarde ¡azul! de sencillez!...

### I V

Viejo adalid, reciente ángel lejano,  
Oye mi canto; ven templa sus cuerdas;

Y, en esta melodía, toma y lee  
La mística verdad de las estrellas!

Arbol celeste, azul, de mis creencias,  
A tí rindo mi voz hoy descansada...  
Por qué no he de esperar que vengas, cuando  
En mi jardín desierto asome el alba?

Ven a mi canto ¡virgen ...y habla... y dinos  
Rosas, estrellas, lunas y nostalgias...  
No nos digas tardanzas, ni destiempos;  
No nos llenes de frases la esperanza.  
Dinos palabras, luces, que nos duelan  
Como labios, que besan, cuando aman...

Ven a mi patria, ven hoy que te evoca  
La Historia... Hermano, ven que aún hay jazmines  
En los ojos cansados sin deseo  
De tu España hoy abierta a tus jardines...

\* \* \*

...Ahora dinos palabras, luz, creencias;  
Dinos amor y más que nada cielos;  
Y más que cielos... ¡Padre, Hijo, Amor!,  
La sangre azul que corre por tus vuelos.

Cielo incansado, aquí en mis brazos puros  
Como a una tarde de oro te sostengo...  
Y, en un suspiro, que volviera a un labio,  
Padre del Dogma, por tus años vuelo!!

## V

Con la lumbre del punto y de la línea,  
Con el ritmo del agua y del espacio  
—Sirmio, Nicea, Córdoba: Tu vida  
Por caminos azules— Yo te canto.

Gloria a tu voz, descanso de la gracia;  
Hosanna a tu oración, celeste, ¡tuya!;  
Honor a tu armonía, a tu callado  
Vivir en el silencio. ¡A tí aleluya!

Otro poema, por mi canto, aspiro  
Sólo para formar tu nombre lúcido  
Imán del ser; sólo prefiero, un verso  
Omnímodo en el aire puro y nítido.

Ya se ha alado la voz y las palomas  
 Ruborizan los aires con sus alas...  
 ¡Osio español! hoy cantan los canarios  
 —¿Quién les ha dicho el nombre?—, y cómo cantan!

Cómo se eleva el alma, cómo surge  
 Del pecho la canción hacia la tarde,  
 Para clavar el nombre en las espaldas  
 De la nube y decir: No soy cobarde!

Vuela a su cielo, lira; arpa sonora  
 Prende a su nombre luz, verso, armonía;  
 Tenle en tus pulsos, como aurora dulce,  
 En la tierna mejilla de la ría...

Oye... mi voz que no ha bebido estrellas;  
 Siente mi verbo que no dice tardes;  
 Iza tu lema al aire conmovido  
 O dormido en la albura de los valles.  
 Al arrullo caliente de mi canto,  
 Que ha dejado de ser desde hoy cobarde!

...Osio, andaluz, de Córdoba te canto,  
 Por un sentir celeste hoy con tu España;  
 Osio, andaluz, de Córdoba te canto,  
 Porque al cantarte se me eleva, el alma!

...Ven a mi canto, ven, ave dorada,  
 Que, descalza, en la rama loca trinas;  
 Ven álamo de siempre, voz del río,  
 Clamor de una montaña en un ocaso;  
 Ven loco amor del pueblo acariciado  
 Por un cristal de toros y de nardo...

Aurora, luz, mañana, ocaso, noche,  
 Ven a mi canto a darle melodía.  
 Y tú, musa con sol, alza tu verbo  
 En memoria del Angel, que dormía,  
 Después de las Palabras Infallibles,  
 Una noche de cielos compasiva.

Pasad, tiempos; pasad, flores sencillas,  
 Olas del mar, montañas engañadas,  
 Cantos de amor, vecinos tomilleros,  
 Lenguas de luz tangibles por un cielo.  
 Pasad... Volved a vuestros tiempos tiernos,  
 Cuando besábais su sandalia intacta  
 Con un rumor de sándalo y romero...

Venid a mí, luceros, que le visteis  
 Almas, que amásteis su mejilla anciana;  
 Venid y uniros a mi canto todos:  
 Quiero que el alba suba al Alba!  
 Quiero que un nombre hoy llene el cielo  
 Y su sangre le beba una alborada...

Osio, andaluz, de Córdoba te canto  
 Por un sentir celeste hoy con tu España;  
 Osio, andaluz, de Córdoba te canto,  
 Porque al cantarte se me eleva el alma!!

Quiero formar con tu poema un verso;  
 Quiero hacer de tu verso una palabra;  
 Y volver con el verbo donde encienda  
 El misterio de Dios la voz velada...

Y allí cantarte melodiosamente,  
 Como pía un jilguero a la alborada;  
 Y en tu cáliz beber de la ambrosía  
 Llena de amor y gracia agustiniana...

Quiero, celeste, confundirme siempre  
 Con la leve sonrisa de la escarcha,  
 Que en un rezo de espíritus velados  
 Nos dice: Aquí está Dios...; poeta, canta!

Quiero tener el tono de un ocaso...  
 Quisiera ser como la voz y el agua,  
 para amarte y cantarte al mismo tiempo,  
 ¡Osio Español!, desde esta luz lejana!...

Mi canto... hasta mi lira por tus versos  
 Con estrofas sencillas, no cansadas;  
 Mi canto todo por tus manos vírgenes  
 Sin mancha!

Osio, andaluz, mi voz te aclama!

Alas para tu carne; ...alas ...alas !...

Fr. S. P.

## A OSIO DE CORDOBA

Por Nicolás Carrera Rodríguez.

(Teólogo de la Universidad  
de Comillas, Santander).

Por el Guadalquivir, en amarilla  
caja de mimbre, flota la sorpresa  
de un diminuto cuerpo, y la barquilla  
timón dirige a playa cordobesa.  
¿Venida de qué monte, de qué luna,  
de qué nube? No sé. Tú navegabas,  
Osio libertador. Voces esclavas  
por la ribera lloran sus cadenas  
y atraca un Angel tu sencilla cuna.  
Y una madre acaricia tus melenas  
y te regala besos de aceituna...

Tu niñez era blanco laboreo  
de perfumes y túnicas de lirio  
para tu carne pronto mausoleo.  
Y era tu carne tierna como un cirio,  
como un cirio dispuesto a la tortura  
de la punzante rosa del martirio.  
Los dientes estrenabas con dentera  
de jugo agraz y leche de limones  
y probabas, tan niño, la amargura.  
Te inclinabas, de tarde, a los balcones  
del río para ver en la pecera



la dulce subterránea primavera  
de florecidos peces retozones.

Sacerdote, tu Misa matutina  
te perfuma de llanto y de rosales,  
y mientras tu azulada mano empina  
sus temblorosos pulsos desiguales  
y la Sagrada Forma sube y sube,  
bajo el párpado frío de una nube  
busca el sol matorrales de espesura,  
y la luz del Señor brilla en la altura.

¡Por fin, Osio de Córdoba, un anillo  
por tu carne dibuja su esmeralda!  
¡Y dibuja rubies a tu espalda  
la fragua del tirano y su martillo!  
¡Confesor de Jesús, llevas el santo  
y seña de tu fe y tu valentía  
sobre tu rota piel de tanto y tanto  
látigo, tanta hiel, tanta sangría!  
No besa el cordobés tu anillo verde  
de Pastor, besa el hoyo de tu herida,  
besa la dentellada enrojecida,  
dulce anillo de sangre, que recuerde  
tus gritos de Pastor al sucio lobo  
que tu redil olía para el robo.

¡Príncipe de Concilios! En Nicea  
tu palabra era dogma. Tesorero  
de la Verdad, abrías tu granero  
para sagrado pan de comuniones  
teológicas, y Cristo era tu idea  
repetido en tu cuerpo y tus sermones!:

“Omousios to Patri”, tu labio dijo.  
“Omousios to Patri: Cristo es el Hijo  
natural de Dios Padre, y en su esencia  
no difiere del Padre, ni en su ciencia.  
¡Quien, clavado a la Cruz, amó y bendijo  
es Dios que quiso hacerse Crucifijo!  
¡Rasgad mi manto, Padres Conciliares,

tocad mis retorcidas cicatrices,  
 tocad y ved si es cierto cuanto digo!  
 Cristo puso en mi carne duros mares  
 de tortura y de sal, hondas raíces.  
 ¡Arrancarán mi vida con el trigo!"

¡De Córdoba, de Córdoba y del mundo,  
 cordobés Osio! Padre de cristianos,  
 de tus pechos abiertos un fecundo  
 manjar baja caliente a nuestras manos  
 en vasija, y en tus azules ramas  
 alegre fruto cuelga, miel divina  
 que, chorro de oro, celestial doctrina,  
 sobre nuestra oquedad, Osio, derramas.

Adorabas a Dios en la belleza  
 de tus vegas de Córdoba y limones  
 y naranjas y flores de aceituna.  
 Tu corazón ardía en la pureza  
 de los jilgueros verdes y temblones,  
 de los ardientes labios de la Luna.

Constancio fué traidor a su corona,  
 pero no te doblaste a los arrianos.  
 Y un pregonero tu virtud pregona  
 cuando anuncia tormentos sobrehumanos  
 para tu carne que se desmorona.

Ya casi centenario, por caminos  
 difíciles, de España te destierran.  
 Amarran al caballo el duro rumbo  
 de tu cordel, y, en locos remolinos  
 de arcilla y polvo, tus sandalias yerran,  
 y ruedas y se ríen de tu tumbo.

A Sirmio te arrastraron asesinos  
 y en Sirmio te ha matado la tristeza  
 y los golpes y aquellos tan divinos  
 arrobos que velaban tu cabeza  
 de gasas encendidas y de linos.

Yo quiero ser el perro fiel que muera  
sobre tu cementerio, venteando  
enemigos, escudo de tu blando  
y luminoso corazón de cera,  
que tanto amó que aún vive en Primavera,  
y que tanto ha sufrido que adelanta  
por sus heridas la Vigilia Santa.

Pero hundiste tu carne en sementera  
desconocida, humilde Osio, y no sabe  
mi garra escarbadora qué frontera  
pones a tu sepulcro, ni qué nave  
funeraria ocultó tu calavera.

Nadie besó tus huesos, nadie ha escrito  
madrigales de amor sobre tu losa.  
Por eso llamo al Angel de la Muerte.  
Por eso en su bandeja deposito  
la misión de un soneto y una rosa.  
Yo sé que animarás tu pecho inerte  
cuando inicien violines su lamento  
y el epitafio rueda por el viento:

"No hagas ruido, viajero, aquí reposa  
fatigado de cruces y senderos,  
alegrado de lunas y luceros,  
Osio, el de voz humilde y luminosa.

Aquí duerme, acunado en esta fosa,  
visitado de flores y jilgueros,  
y sus azules ojos extranjeros  
naranjas sueñan, rubia miel jugosa.

Sueñan naranjas, sueñan olivares,  
Guadalquivir lejano y dulce sueñan  
sus cordobeses ojos, y es tan pura  
su esperanza de vegas estelares  
que los párpados muertos se despeñan  
en dos Guadalquivires de ternura".

N. C. R.